LA NAVE
VICTORIA.
B. HERDER, FRIBURGO DE BRISGOVIA.
3 1761 09546020 0

From the library of
J. H. Cornyn,
Mexico City, Mexico

Presented to the
University of Toronto
by J. H. Cornyn

Date June 22, 1937.

DESDE

LEJANAS TIERRAS

GALERÍA DE NARRACIONES ILUSTRADAS
DEDICADAS Á LA JUVENTUD

COLECCIONADAS POR

UN PADRE DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

y recomendadas por el Emo. Sr. Cardenal-Arzobispo de Valencia y los Rmos. Sres. Arzobispos y Obispos de Arequipa, Bogotá, Buenos Aires, Caracas, Chiapas, Huánuco, León (España), Lima, Medellín, México, Nicaragua, Nueva Pamplona, Portoviejo y Santiago de Chile

TOMO XX:

LA NAVE VICTORIA

FRIBURGO DE BRISGOVIA (ALEMANIA)
HERDER & CÍA
LIBREROS-EDITORES PONTIFICIOS
BERLÍN, CARLSRUHE, COLONIA, MUNICH, VIENA, LONDRES, SAN LUIS MO.

Digitized by the Internet Archive
in 2013

http://archive.org/details/lanavevictoriala00more

Los bárbaros se abalanzaron como un torbellino contra Magallanes. (Pág. 87.)

LS
M8465n

LA NAVE VICTORIA

LA PRIMERA CIRCUNNAVEGACIÓN DEL MUNDO POR MAGALLANES

POR EL

P. ESTEBAN MORÉU LACRUZ

DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

CUARTA EDICIÓN

CON SEIS GRABADOS

340634
12. 8. 37.

FRIBURGO DE BRISGOVIA (ALEMANIA)
HERDER & Cía
LIBREROS-EDITORES PONTIFICIOS
BERLÍN, CARLSRUHE, COLONIA, MUNICH, VIENA, LONDRES, SAN LUIS MO.

Es propiedad. — Queda hecho el depósito
que manda la ley

Tipografía de Herder & Cía en Friburgo de Brisgovia. 1921

ÍNDICE.

		Pág.
1.	Una Odisea sin Homero	1
2.	Á oriente por occidente	4
3.	Magallanes y Carlos I	8
4.	Lo que vale un mundo (con grabado)	13
5.	Mal principio y buen fin	17
6.	El testamento de un héroe	24
7.	Por el Guadalquivir	23
8.	Paisajes	31
9.	Gigantes	36
10.	¡Sed preso! (con grabado)	44
11.	Una ejecución en alta mar	48
12.	¡Adelante!	54
13.	¡Quién sabe dó va!	60
14.	Por mares desconocidos (con 2 grabados)	67
15.	Mar adentro	74
16.	Un nuevo sol en Oriente (con grabado)	78
17.	Muerte trágica (con grabado)	82
18.	Conclusión	88

1. Una Odisea sin Homero.

VASCO Núñez de Balboa, cuyo nombre llegó á competir en celebridad con el de Américo Vespucio y Hernán Cortés, se embarcó el año 1513 con la esperanza de descubrir el Mar del Sur, al que hoy llamamos con el sonoro título de Océano Pacífico.

Después de treinta días de navegación arribó á las costas orientales de la América del Centro, trepó seguido de algunos de sus marinos á las cumbres de los montes de Panamá, y allí cayó de rodillas para dar gracias á Dios ante el espectáculo que se les ofrecía, prorrumpiendo todos en exclamaciones de júbilo y entusiasmo: veían desplegarse ante sus ojos atónitos un mar desconocido, el mar que ellos andaban buscando, cuyo horizonte se perdía en la inmensidad.

En aquella hora, que era un poco antes de la caída de la tarde, reflejaba los fuegos del sol que se iba hundiendo en el ocaso y parecía un campo sembrado de rubíes y diamantes.

Bajó el descubridor á la playa, metióse en el agua hasta la cintura, y con la espada desnuda en una mano y con la otra embrazando el escudo, según era

costumbre de aquellos tiempos, dijo con solemnidad á los españoles y á los indios que se hallaban presentes: «Sed testigos de que tomo posesión de este mar para la corona de Castilla, y de que esta espada le conservará el dominio de él.»

Con esto ya podía decirse que era dueña España del Mar del Sur; pero ¿qué provecho se le seguirá de ello, mientras entre este mar y el Atlántico se interponga un continente como el de América, continente que no pueden salvar las naves sino llevadas en hombros de hombres, como ordenó que se hiciera en esta ocasión el mismo Núñez de Balboa?

Por otra parte era creencia común y general entonces que América se prolongaba indefinidamente hacia el sur. . . .

Ahora bien, estos dos abismos, estos dos mares hermanos separados á lo que parecía por tan formidable muralla, ¿no correrán á unirse y abrazarse por alguna parte de la tierra? ¿No se darán siquiera las manos por algún estrecho?

Encontrado éste, las naves españolas que van por occidente atravesando el Atlántico, á diferencia de las naves portuguesas que tienen que rodear toda el África siguiendo la estela que había dejado trazada Vasco de Gama, las naves españolas, digo, podrían volar al Maluco en busca de la nuez moscada y de la rica especiería sin tocar en los dominios lusitanos, ni atravesar la famosa línea que para evitar conflictos entre las dos naciones hermanas, había trazado el Papa

Alejandro VI, dividiendo en dos partes el globo de la tierra.

Tal es el pensamiento del héroe de mi historia, y tal la empresa que se propone llevar á cabo con la pequeña armada que ha equipado en Sevilla.

Es una Odisea que bien merecería un Homero; mientras no aparezca éste, contentémonos con sencillos relatos.

---

2. Á oriente por occidente.

SEVILLA, la entonces opulenta Reina del Betis, como la llaman los poetas andaluces, rebosaba de júbilo y alborozo la mañana del día 10 de agosto del año de gracia de 1519.

Vestida de fiesta y ataviada con las hermosas galas orientales que en las grandes solemnidades solía ponerse, mostraba con espléndidas manifestaciones de regocijo el noble y legítimo orgullo que sentía de albergar en su seno un puñado de heroicos españoles que, siguiendo las huellas del inmortal marino genovés, estaban á punto de lanzarse en débiles barcos á la inmensidad del océano para preguntarle por un nuevo mundo.

El puerto de las Muelas ofrecía un cuadro encantador.

Sobre la azul y tranquila superficie del Guadalquivir, que es el espejo donde se mira la Sultana de Andalucía, reflejábanse los cinco bajeles de que se componía la armada, prontos á extender sus velas como para volar hacia lejanos horizontes.

Las trémulas ondas del río copiaban los variados y vistosos colores de las banderas, flámulas y gallardetes que sobre los palos de las naves movía el viento, y

que agitándose dulcemente parecían despedirse de la multitud que ocupaba las orillas esperando la hora de la salida.

Voces, gritos, lamentos, abrazos y lloros, y en fin todo lo que suele ser de rigor en semejantes despedidas, es de presuponer que no faltarían en ésta.

Los marinos hacían todo lo posible para no dejarse conmover por esos gritos arrancados á la naturaleza, pero en la triste sonrisa que iluminaba sus semblantes podían casi leerse los versos de aquella copla:

Mañana en un frágil barco
Me he de engolfar en la mar,
Daré un *adiós* á mi patria,
El último *adiós* quizá.

«¡Acuérdate de éste!» decía una madre joven bañada en llanto y levantando á su chiquitín en los brazos.

«Hasta el puerto de allá arriba», clamaba una madre anciana señalando con su descarnado brazo al cielo. Y en verdad que no se equivocaba la pobre vieja, porque ¡cuántos no volverían ya á pisar el suelo de la patria!

«¡Si yo tuviera tus años!» decía con noble envidia sonriendo un anciano encorvado.

Las salvas de la artillería naval que ensordecen el espacio, las notas de instrumentos músicos, el estrépito de las trompetas militares y los vítores y aclamaciones de los entusiastas sevillanos anuncian la llegada al puerto del arrogante capitán, que seguido de sus oficiales viene del templo de Santa María de la Victoria

de Triana de pedir á la Reina de los cielos buena mar y próspero viaje.

Ese capitán, cuyo semblante todavía juvenil revela noble entereza y dignidad, curtido ya por los huracanes y las tormentas, es Hernando de Magallanes, el que navegando hacia el ocaso hallará camino para el oriente, y al pasar por entre la Tierra del Fuego y la Patagonia unirá dos océanos inmensos, y hará que el mundo oriental antiguo, envuelto hasta entonces en sombras y misterios, se dé la mano con el Nuevo Mundo recién salido del fondo de los mares rodeado de luz y de belleza.

Ése es Hernando de Magallanes, el Cristóbal Colón del archipiélago índico.

Los oficiales y marineros que le acompañan son los que han de tocar con los mástiles de sus bajeles uno de los polos de nuestro planeta, los que darán la vuelta al globo de la tierra surcando todos los mares que la circundan, empresa hasta ellos por ninguno acometida; son en una palabra los intrépidos españoles que arrebatarán la palma del valor, dejando en la penumbra de la gloria á los más audaces navegantes de los siglos fabulosos é históricos.

En aquel en que el afán de aventuras y descubrimientos había invadido los ánimos de españoles y portugueses, era suficiente cualquier vago rumor que llegase de país desconocido, cualquier tenue rayo de luz que despidiese á través de los mares una región, para que se lanzara tropel de hombres animosos en

pos de una empresa temeraria, erizada de los mayores peligros.

¡Dichosa edad y siglos dichosos aquellos, á que podríamos dar el nombre de dorados, en que los hombres de cuenta y de valía, en vez de perder el tiempo en miserables intrigas de partido, en cabildeos políticos, en ruines compadrazgos y chismes de plazuela, se dedicaban á conquistar mundos, á descubrir tierras, á civilizar naciones, á cosechar laureles inmarcesibles y á engrandecer su patria, sin que tuvieran necesidad de tomar en boca las palabras patriotismo, libertad, intereses del país, con que muchos disfrazan hoy sus bastardas ambiciones!

3. Magallanes y Carlos I.

EN un arranque de despecho, por juzgar su honor agraviado y desatendida su persona, Hernando de Magallanes, natural de Oporto, educado en la corte al servicio de la reina Doña Leonor, cuyo paje había sido, y muerta ésta, al de Don Manuel el Afortunado, se desnaturalizó de su patria y se pasó con todos sus planes de conquista, sueños dorados de gloria y pensamientos de heroicas aventuras, á la que era entonces refugio hospitalario de todos los grandes hombres y de todas las grandes empresas: á España.

En esto no hizo sino seguir las huellas de Cristóbal Colón, que llamó á nuestras puertas después de encontrar cerradas las de Génova, su patria, y las de Inglaterra y Portugal.

Magallanes tenía á la sazón cobrada fama de experto navegante. «Pasó á la India», dice Argensola, «con Alfonso de Albuquerque, el cual, no contento con las primeras conquistas, envió desde Malaca á Antonio Dabreo, Francisco Serrano y Hernando de Magallanes en tres bajeles á descubrir las Malucas. Todos estos tres capitanes tomaron diferentes viajes. Dabreo arribó á Banda, y volviendo á Malaca con

abundancia de las drogas preciosas de la tierra, se apartó de él Francisco Serrano cediendo á un recio temporal y padeció su junco naufragio en las islas de Lucopino.»

Magallanes aportó á otras islas seiscientas leguas más allá de Malaca, y sostuvo fiel y constante correspondencia con Serrano, el cual satisfecho de su buena suerte, le escribió invitándole á trasladarse al Maluco, donde esperaba brillaría el sol de su fortuna.

En la contaduría ó factoría del rey Don Manuel, donde cuidadosamente se guardaba, dícese que vió Magallanes el derrotero y la carta del estrecho trazados por el célebre cosmógrafo Martín de Behaim, ó de Bohemia, como le llaman los escritores de aquel tiempo, y en ellos confiado se atrevió á empeñarse con la majestad de Carlos I, y se decidió á poner por obra y dar fin y remate á sus nobilísimos intentos.

Presentóse primero al gran canciller y primer ministro del rey, que era el famoso Xebres, y al obispo de Burgos, Don Juan Rodríguez de Fonseca, y en repetidas conferencias trató de demostrarles por la disposición y división de la esfera terrestre, aunque callando de industria el paso consignado por Martín de Bohemia, que podía por el camino de occidente encontrar las islas Molucas, y que éstas se hallaban en la demarcación de Castilla.

Muy atrevido les pareció á aquellos señores el pensamiento de Magallanes.

Los portugueses para llegar á aquellas partes del mundo tenían que costear el África hacia abajo, doblar el famoso cabo de las Tormentas, llamado después con mejor acuerdo de Buena Esperanza, y seguir hacia arriba en dirección á la India, próxima á la cual se hallaba la tierra de las ricas especias tan codiciadas por los portugueses como por los españoles; pero dirigirse á esas mismas partes por el camino de occidente y teniendo de por medio el continente americano, era una idea nueva y empresa digna de un genio. «El capitán general Fernando de Magallanes», dice á este propósito Antonio Pigafetta, cronista de esta navegación en la que tomó parte [1], «había resuelto emprender un largo viaje por el océano, donde los vientos soplan con furor y donde las tempestades son muy frecuentes. Había resuelto también abrirse un camino que ningún navegante había conocido hasta entonces.»

Hallábase Carlos I en lo más florido de su juventud, con un risueño porvenir de gloria delante de los ojos, sin que sombrearan todavía aquella frente altiva y despejada las nubes de los desengaños y sinsabores que la obscurecieron después.

Recibió el monarca español al aventurero portugués con suma afabilidad y con aquel aire de dignidad y señorío tan característico de los Austrias, que nos dejó

---

[1] «Viaje alrededor del mundo, por el caballero Antonio Pigafetta» (Colección de documentos inéditos por J. F. Medina).

representado el Tiziano en su célebre retrato, que á primera vista parecía orgulloso desdén, algo levantado el labio inferior, erguida la noble cabeza y la mirada firme y penetrante.

Nadie nos impide suponer que le recibiría en la gallarda actitud con que tan hermosamente le describe el Duque de Rivas[1]:

Al lado de una gran mesa
Que cubre de terciopelo
Napolitano tapete
Con borlones de oro y flecos,

Ante un sillón de respaldo
Que entre bordado arabesco
Los timbres de España ostenta
Y el águila del imperio,

De pie estaba Carlos Quinto
Que en España era Primero,
Con gallardo y noble talle,
Con noble y tranquilo aspecto.

Un birrete de velludo
Con un blanco airón, sujeto
Por un joyel de diamantes
Y un antiguo camafeo,

Descubre por ambos lados
Tanta majestad cubriendo,
Rubio, cual barba y bigote,
Bien atusado el cabello.

---

[1] «El Castellano Leal».

Apoyada en la cadera
La potente diestra ha puesto,
Que aprieta dos guantes de ambar
Y un primoroso mosquero.

Y con la siniestra halaga
De un mastín muy corpulento,
Blanco y las orejas rubias,
El ancho y carnoso cuello.

El rey, incrédulo al principio, mostró alguna desconfianza.

4. Lo que vale un mundo.

EL rey, incrédulo al principio, mostró alguna desconfianza y dió largas al asunto.

Á las razones de Magallanes, que no fueron pocas y que el orador fué exponiendo con creciente entusiasmo, respondía el futuro vencedor de Pavía sonriendo con apacible gravedad y acariciando su sedosa barba con un *veremos* desesperante para el exponente, pero como viese el rey su insistencia, y oyese las razones de Ruy Faleiro, gran astrólogo y matemático, que se había asociado á Magallanes, y más cuando se enteró del ánimo que tenía Cristóbal de Haro, rico mercader de Amberes, de armar á su costa y á la de sus amigos las naos necesarias para el viaje, vino el rey en favorecer la proyectada expedición, inaugurando de esta suerte la larga serie de heroicas empresas que inmortalizaron su reinado.

Tuvieron no poca parte en esta resolución los informes que le dieron el obispo de Burgos y el canciller, que comprendieron el pensamiento del navegante lusitano.

Por entonces llegó á noticia del rey de Portugal Don Manuel el proyecto que meditaba su antiguo

vasallo, y por cuantos medios pudo trató de desbaratarlo, valiéndose para ello del embajador Don Álvaro de Acosta, porque, como muy bien dice el P. Murillo en su Historia Geográfica, «asunto fué de las pretensiones de grandes príncipes el incorporar en su corona estas joyas preciosísimas».

Pero Carlos I encariñado ya con el futuro descubrimiento, dió orden á Magallanes de que le presentara un memorial en que se ofreciera á descubrir las islas Molucas, poniéndolas bajo el dominio de España con las condiciones previas en él consignadas, ora se verificase el armamento á costa del rey, ora á expensas del exponente.

El 22 de marzo de 1518 firmó Don Carlos á pesar de los requerimientos del embajador de Portugal la capitulación, cuyas principales cláusulas eran:

Que por término de los diez primeros años no daría el rey licencia á persona alguna de ir á descubrir por la misma derrota sin avisar antes á Magallanes, por si él se ofreciese á hacerlo con las mismas condiciones.

Que si las islas que descubriesen pasasen de seis, después de verificada la elección regia, podrían los descubridores señalar dos cuyas rentas y derechos limpios percibiesen en la quincena parte de lo que tocaba al rey, y que por aquella primera vez pudiesen percibir el quinto de los intereses limpios del Estado.

Su Alteza «se comprometía á armar cinco navíos, bastecidos por dos años; los dos de ciento y treinta

toneladas cada uno, é otros dos de noventa, é otro de setenta toneles, bastecidos de gente é mantenimientos, é artillería, conviene á saber, que vayan los dichos navíos bastecidos por dos años, é que vayan en ellos doscientas y treinta y cuatro personas para el gobierno de ellos, entre maestres y marineros y grumetes, é toda la otra necesaria, conforme al memorial que está fecho para ello.

«Item: que si alguno de los dos muriese, sea guardado al otro cumplidamente lo convenido entre los dos.

«Por último, que había de nombrar un factor con tesorero y contador y escribano de las dichas naos, para llevar cuenta y razón de todo, á quien se pasase y entregase cuanto en dicha Armada hubiese.»

Hecho este asiento, dió el rey á Magallanes y á Faleiro el título de Capitanes de la armada, dotándoles con el sueldo de cincuenta mil maravedises al año, á lo que añadió más tarde ocho mil mensuales, para todo el tiempo que anduviesen navegando en servicio de España.

Á este precio, sumado con la gloria inmensa que había de resultar, bien se podía descubrir y conquistar un mundo.

Después de varias entrevistas de Magallanes con Su Alteza, en que se ultimaron las resoluciones que habían de ponerse en práctica en orden al apresto de la armada, regresó el ya capitán general á Sevilla con carta del rey para los oficiales de la Casa

de la Contratación y la lista de las cosas que éstos habían de proveer para el viaje, firmada por el obispo Fonseca.

El día que tenían determinado para comenzar el viaje era el 25 de agosto de 1518; pero surgieron nuevas dificultades y hubo de diferirse para más adelante la expedición.

Un ruidoso incidente que ocurrió en Sevilla la puso en peligro de fracasar por completo.

---

5. Mal principio y buen fin.

DISPONÍANSE los marinos á varar en tierra la nao *Trinidad,* una de las que habían de ir en la armada; habíase concertado con los oficiales reales que un factor de la Real Casa llevaría al amanecer el pendón del monarca para ponerle encima de la nave, y Magallanes el suyo para colocarle en la parte de fuera, según era uso y costumbre.

Á la hora convenida, pero antes de que llegase el factor, el capitán general puso la bandera de sus armas en el cabrestante que estaba en tierra para varar la *Trinidad.*

Al poco rato se presentó el alcalde de Sevilla, Sebastián Rosero, y como vió las armas de Magallanes, creyendo equivocadamente que eran las de Portugal, se dirigió á él, y tomando una actitud excesivamente imperiosa y altanera, con la cabeza erguida y fruncido el entrecejo, le dijo en voces altas:

«No me parece bien, señor hidalgo, que ondeen aquí las armas del rey de Portugal; éstas son tierras de mi señor Carlos.»

Adelantóse algunos pasos Magallanes, y con el sombrero en una mano y señalando al mismo tiempo

con la otra, en tono comedido pero resuelto, respondió al alcalde:

«No son banderas de Portugal las que allí veis, sino las de un vasallo del rey de España.»

«Esas armas son portuguesas», dijo subiendo el tono el alcalde.

«Esas armas son españolas», replicó en el mismo Magallanes.

Hízose un corrillo; el altercado prendió fuego en los concurrentes, alborotáronse los ánimos por una y otra parte; accionaba el alcalde y se desgañitaba defendiendo su aserto, agriábase por momentos la contienda, y pronto viéronse relucir espadas en el aire; creció el tumulto al compás que crecía el gentío, acudió el cabildo de la ciudad, el cual por instigación de Rosero obligó al teniente del almirante á prender á Magallanes, como lo hizo, con poquísimo miramiento y ningún respeto delante de toda aquella muchedumbre de gente que ocupaba la ribera.

Sin embargo, todo aquello pasó en tempestad de verano, y pronto vueltos en su acuerdo, principalmente el animoso alcalde, se sosegaron todos, y Magallanes fué puesto en libertad.

Éste con todo no dejó de escribir al rey quejándose del agravio que se le había hecho, á lo que contestó Su Alteza manifestándole lo mucho que le había desplacido el atropello con que habían molestado su persona, á quien tenía por *muy cierto servidor* y criado, y prometiéndole que mandaría

hacer información de lo sucedido y castigar á los culpados.

Soplaban ya las auras primaverales del año 1519, y todo parecía ir por entonces viento en popa para Magallanes, el cual antes de darse á la vela, se dirigió á Barcelona, donde á la sazón estaba el rey, para recibir las últimas instrucciones.

Dióselas Carlos tan llenas de prudencia y sagacidad, que si las hubiera observado fielmente el capitán general, no lamentáramos después las tristes escenas de la bahía de San Julián, ni la vuelta de la nao *San Antonio* á España desde el estrecho, ni la trágica muerte del propio Magallanes y de los demás navegantes bárbaramente sacrificados en Mactán y en Cebú.

Setenta y cuatro nada menos fueron las instrucciones que dió el rey para el viaje, todas llenas de prudentes consideraciones y avisos, sin dejar los más insignificantes pormenores de lo que podía ocurrir en el descubrimiento de las islas del Maluco. «Y primero que salgáis del río de la dicha cibdad de Sevilla, ó después de salidos de él, llamaréis los capitanes, pilotos é maestres, é darles heis las cartas que tenéis hechas para hacer el dicho viaje, é mostrarles la primera tierra que esperáis ir á demandar . . . Y porque muchas veces acaesce que los tiempos no dan lugar á que las naos se puedan comunicar, puesto que todas vayan á vista, en tal caso los capitanes de las otras naos tomarán cuenta á sus pilotos á donde son, é por la derrota que llevan cobrarán la tierra que

van á demandar, para que cuando pudieren llegar á vosotros, vos den cuenta de ello . . . Item: porque á nuestro servicio cumple que vuestras personas no se pongan en tierra de que podáis recibir daño, vos mandamos que no salgáis á tierra á hacer ninguno concierto, sino enviad á alguno de los oficiales ó á otra persona que vierdes que mejor lo podrá hacer; etc.»

Hemos entresacado estos avisos, porque de su transgresión se siguieron las tristes consecuencias que veremos después. ¿Por qué no comunicó Magallanes desde luego su proyecto á los capitanes y pilotos? ¿Era altivez propia de un carácter *finchado* como de buen portugués? ¿Ó hay que atribuirlo más bien á la causa que indica Pigafetta: «Á los peligros inherentes á esta empresa, se unía aun una desventaja para él, y era que los comandantes de las otras cuatro naves, que debían hallarse bajo su mando, eran sus enemigos, por la sencilla razón de que eran españoles y Magallanes portugués»? Digamos que quizá de todo había un poco, y esto nos servirá de hilo conductor á través del drama que se desarrolla en la historia de este viaje.

Entre las 74 instrucciones es notable la 47ª, que declara cuál era el espíritu de los gobernantes españoles de aquellos tiempos: «Otrosí: vos encargamos que tengáis mucho cuidado al tiempo que, placiendo á Dios, partierdes para ir vuestro viaje, de mirar no llevéis en vuestra compañía ninguna persona que conoscidamente tenga costumbre de renegar, porque los tales no es mi voluntad que anden en cosa de

mi servicio, ni es bien que vayan en el Armada; é esto vos encargamos más que ninguna otra cosa que sea nuestro servicio, porque así cumple se haga por lo que toca á la honra é servicio de Dios; é si por caso llevásedes alguno que lo haga, é renegase ó dijese peisa á Dios, castigalde conforme á las leyes de estos reinos, según las palabras que dijere.»

Faltaba sólo la elección del personal que había de ir en la armada, y otra vez tropieza aquí con la enemiga sombra de Portugal, que le salía al paso para no dejarle proseguir por el camino de la gloria que había emprendido; el factor real portugués trató de persuadirle de que el proceder del monarca español para con él era equívoco, pues mientras en unas instrucciones le nombraba capitán de la armada, en otras que había dado en secreto á Juan de Cartagena y á Juan Esteban disponía lo contrario, y que estas últimas no se le comunicarían sino en tiempo que no tuviese remedio su honra, y que por lo tanto dejase el servicio de España y se pusiese de nuevo bajo el amparo del rey de Portugal, ofreciéndole para ello su eficaz cooperación y presentándole halagüeñas esperanzas de crecimiento de honores y riquezas para lo porvenir, á todo lo cual contestó Magallanes lo que era propio de su carácter con la concisión innata en los grandes genios: «Es punto mío concluir lo comenzado.»

Allanados ya todos los obstáculos, aparejadas las naves y arregladas las diferencias que había con los

oficiales de la Casa de la Contratación acerca del nombramiento del personal, se dirigieron con extraordinaria pompa y solemnidad los capitanes y oficiales á la iglesia de Santa María de la Victoria, que estaba aquel día ricamente engalanada.

Sobre magnífico estrado sentóse el asistente de Sevilla, Sancho Martínez de Leiva, revestido de las insignias de su cargo, y arrodillándose á sus pies Fernando de Magallanes, puesta la derecha mano sobre los santos evangelios, juró que haría con fidelidad el viaje como buen vasallo del rey.

Levantóse entonces Martínez de Leiva y tomando el estandarte real se lo entregó á Magallanes, al cual fueron rindiendo pleito homenaje uno por uno todos los oficiales, y juraron asimismo seguir su derrota. Luego aquellos valerosos marinos que se disponían á afrontar impávidos los huracanes y las tormentas, depusieron su orgullosa braveza á las plantas de la Virgen arrodillándose ante ella, porque sabían muy bien que *nunca es más grande el hombre que de rodillas;* pidieron su bendición á la Virgen de la Victoria, cuya imagen flotaba al lado del estandarte de María Inmaculada y de Santiago, sobre los topes de las naves; sagrados emblemas que fueron siempre delante de nuestros ejércitos y armadas para conducirlos á la victoria.

En la «Relación del gasto fecho en el armada que Su Alteza mandó armar para ir á descubrir con Fernando de Magallanes é el bachiller Ruy Falero», consta anotada la partida siguiente, hermoso monu-

mento de la piedad de aquellos héroes. «En quince del dicho mes de noviembre del dicho año, á Diego Fernández pintor, por ocho banderas que él pintó, la una de la Concepción de Nuestra Señora y la otra con las armas reales, y las seis de las insignias de Santiago, la de Nuestra Señora y de las armas reales á seis reales.»

La Virgen de las batallas, á cuya sombra protectora vivió España mientras fué grande, y el celestial guerrero que le trajo la antorcha de la fe en los primeros siglos del cristianismo y dispersó más tarde á sus enemigos que mancharon con sus plantas el suelo patrio, van ahora á recorrer por la vez primera con el aparato del triunfo el círculo de la tierra en naves españolas, y los mares que nunca habían visto á su *Estrella* se humillarán á su paso, y entonarán un cántico sublime con el murmullo de las olas y el ronco estruendo de las tempestades.

6. El testamento de un héroe.

EN el nombre del muy alto é muy poderoso Dios Nuestro Señor..., de la Bienaventurada Virgen Gloriosa Nuestra Señora Santa María, á la cual todos los cristianos tenemos por Señora é por Abogada en todos nuestros fechos, é á honra é servicio suyo...» De este modo comienza Magallanes su testamento que revela cuán arraigada tenía en el corazón la fe y piedad cristiana, y luego prosigue:

«Ruego é pido por merced á la gloriosa siempre Virgen María Nuestra Señora, su Bendita Madre, que con todos los Santos é Santas de la Corte del Cielo, sea intercesora y rogadora á su Hijo precioso por mi ánima, la quiera perdonar sus culpas é pecados, é la poner en su santa gloria é reino celestial; é cuando finamiento de mí acaesciese desta presente vida para la vida perdurable, mando que si fallesciere en esta ciudad de Sevilla, que mi cuerpo sea enterrado en el monasterio de Santa María de la Victoria, que es en Triana, guarda é collación de esta ciudad de Sevilla, en la sepultura que me fuere dada. É si fallesciere en el dicho viaje, mando que entierren mi cuerpo en una iglesia de la advocación de Nuestra Señora

del más cercano lugar donde yo fallesciere é me tomare la muerte.

«É mando (dejo) á las Órdenes de la Santa Trinidad é de Santa María de la Merced de esta ciudad de Sevilla, para ayuda de la redención de los fieles cristianos que están cautivos en tierras de moros enemigos de nuestra santa fe católica á cada una de ellas.... É mando que me digan en el dicho monasterio de Santa María de la Victoria un treintenario de Misas cerrado, por mi ánima.

«É por cuanto yo voy en servicio de Sus Altezas en la dicha armada y de todo el interese y provecho que della con ayuda de Dios Nuestro Señor se hubiese, sacadas las primeras costas que Sus Altezas han hecho en la dicha armada, yo tengo de haber el quinto de todo ello, é más todo lo que yo hubiere de mi hacienda que llevo yo en la dicha armada, é desto quiero disponer el diezmo de todo lo que hubiere de dicha armada; por ende yo por carta de este testamento, quiero é mando é es mi voluntad que dicho diezmo se gaste é distribuya de la manera siguiente:

«Primeramente el tercio de dicho diezmo, quiero é mando y es mi voluntad que lo haya el dicho monasterio de Nuestra Señora Santa María de la Victoria de la dicha Triana, para hacer la capilla del dicho monasterio, é porque los frayles del dicho monasterio, siempre jamás tengan cargo de rogar á Dios por mi ánima.

«Otrosí mando y es mi voluntad que de los otros dos tercios del diezmo se hagan tres tercios y que el uno de ellos lo haya el monasterio de Nuestra Señora Santa María de Monserrat que es en la ciudad de Barcelona.»

Como se ve, no desmiente Magallanes la generosa raza de aquellos españoles y portugueses que hicieron de su patria las dos naciones más religiosas y poderosas del orbe; de aquellos próceres que eran los mayores capitanes, y de aquellos soldados que eran los más valientes del mundo, que tremolaban los pendones de Castilla en Orán y Lepanto, á vista de París y sobre las torres de Méjico, en tanto que el pueblo respetado y libre vestía con las enemigas banderas las paredes del templo, y se postraba delante de Dios que da la libertad y la gloria.

7. Por el Guadalquivir.

VOLVIENDO á nuestros marinos que habíamos dejado en el puerto de las Muelas, digo que había llegado el momento de partir, y así entre aplausos y vítores de la multitud que bullía por las orillas del Guadalquivir, hiciéronse á la vela río abajo las cinco naos.

«En el nombre de Dios», dice con imponente solemnidad el almirante.

«Sea», responden á coro todos los marineros y haciendo la señal de la cruz sobre sus frentes.

Rompiendo suavemente las olas, va delante la capitana que lleva el augusto nombre de *Trinidad*, comandada por el mismo Magallanes.

Le sigue la *San Antonio*, que es la mayor de todas, de cientoveinte toneles de porte; su capitán es Juan de Cartagena [1], veedor de la armada.

Detrás la *Concepción*, y como capitán de ella Gaspar de Quesada; tiene la gloria este bajel de contar entre sus marineros al celebérrimo Sebastián del Cano, el primero que dió la vuelta al mundo.

---

[1] Faleiro se retiró, y no se vuelve á hablar más de él.

La *Victoria* es la cuarta, y debe este título á la Virgen, que con tanta veneración hemos visto honraba Magallanes en Triana; saludémosla al pasar, porque es la única que después de correr catorce mil leguas, habiendo atravesado seis veces el ecuador, al cabo de tres años menos catorce días, llegará triunfante y victoriosa á Sevilla, para dar las gracias á su celestial protectora, bajo cuya dirección habrá rodeado el círculo de la tierra, pudiendo ostentar en sus costados escrita con letras de oro esta leyenda: *Prima circumdedisti me.*

Arranca por fin la última la *Santiago,* que es la menor de todas, dirigida por Juan Rodríguez, piloto de Su Alteza.

Tal es el orden con que desfiló la escuadrilla, según la «Relación de la gente que va en las naos que Su Alteza manda enviar para el descubrimiento de la Especiería, de que va por capitán mayor Hernando de Magallanes».

Al deslizarse por la mansa corriente del Betis, saludan con estruendosas salvas á los pacíficos habitantes de San Juan de Alfarache y á los de Coria y de todos los pueblos sentados á una y otra orilla del río, hasta fondear frente al castillo del Duque de Medina Sidonia, en el puerto de Sanlúcar de Barrameda, donde estarán hasta el veinte de septiembre en que se darán definitivamente á la vela.

Durante este intervalo de tiempo suben y bajan de Sevilla por el río, para terminar sus asuntos, Maga-

llanes y sus compañeros, ocurriendo á las dificultades que se van presentando y proveyendo la escuadra de todo cuanto creen necesario para el buen éxito de la navegación.

«Todas las mañanas», dice Pigafetta, «se bajaba á tierra para oir la misa en la iglesia de Nuestra Señora de Barrameda, y prohibió el capitán que se embarcase mujer alguna en la escuadra.»

«Antes de partir», dice el mismo cronista, «dictó algunos reglamentos, tanto para las señales como para la disciplina. Para que la escuadra marchase siempre en conserva, fijó para los pilotos y los maestres las reglas siguientes. Su nave debía preceder siempre á las demás, y para que de noche no se la perdiese de vista, llevaba en la popa un farol; si además de éste encendía una linterna ó un estrenje, las demás naves debían hacer otro tanto, á fin de asegurarse de este modo que le seguían. Cuando encendía otras dos luces, sin el farol, las naves debían cambiar de dirección, ya para disminuir su andar, ya á causa de vientos contrarios. Cuando encendía tres, significaba que debían quitarse las velas de ala, que son unas velas pequeñas que se colocan sobre la mayor cuando hace buen tiempo, para encapillar mejor el viento y acelerar la marcha. Se quitan las velas de ala cuando se prevee la tormenta, lo que se hace en ese caso necesario, á fin de que no embaracen á los que deben cargar la vela. Si encendía cuatro luces, era señal de que debían recogerse todas las velas; pero cuando

estaban plegadas, estas cuatro luces significaban que debían extenderse. Varias luces y algunos tiros de bombarda servían para advertir que nos hallábamos cerca de tierra ó de algún bajo, y en consecuencia que era necesario navegar con mucho cuidado. Había otra señal para indicar cuando debía fondearse.

«Todas las noches se hacían tres guardias: la primera al caer la tarde, la segunda á las doce y la tercera hacia el fin de la noche. En consecuencia, toda la tripulación se hallaba dividida en tres guardias: el primer cuarto se hallaba á las órdenes del capitán, el piloto presidía el segundo, y el tercero pertenecía al maestre. El comandante general exigía la más severa disciplina de la tripulación á fin de asegurar de ese modo el feliz éxito del viaje.»

8. Paisajes.

LA mañana de su salida de Sanlúcar de Barrameda, que fué el veinte de septiembre, aquellos valientes que dejaban la patria y la familia para combatir con las tempestades y las olas de todos los mares, se postraron humildes y devotos á los pies de los sacerdotes para recibir la absolución de sus pecados por medio del sacramento de la confesión; «el capitán determinó que toda la tripulación se confesase», acto que no por ser edificante en extremo dejaba de ser frecuente y ordinario entre los marinos de aquel tiempo que eran harto más hombres que los que hoy se llaman á sí mismos *espíritus fuertes;* así lo hizo el conquistador de la India Oriental, Alfonso de Albuquerque, y el de la Occidental, Hernán Cortés.

Dirigieron el rumbo hacia Tenerife, donde se proveyeron de agua y leña. El tres de octubre saludaban las islas á las que dieron los antiguos el nombre de Hespérides y hoy llamamos de Cabo Verde, «y después de haber corrido durante varios días á lo largo de la costa de Guinea, arribamos», dice Pigafetta, «hacia el 8º grado de latitud setentrional, donde existe una montaña que se llama Sierra Leona.

«Aquí experimentamos vientos contrarios ó calmas chichas acompañadas de lluvias hasta la línea equinoccial, habiendo durado este tiempo lluvioso sesenta días.

«Hacia los 14 gredos de latitud setentrional, experimentamos varias rachas violentas que, unidas á las corrientes, no nos permitieron avanzar. Cuando venía alguna de estas rachas, tomábamos la precaución de amainar todas las velas, poniendo la nave de costado hasta que cesaba el viento.

«Durante los días serenos y de calma, nadaban cerca de nuestra nave grandes peces llamados tiburones. Estos peces poseen varias hiladas de dientes formidables, y si desgraciadamente cae un hombre al mar, le devoran en el acto. Nosotros cogimos algunos con anzuelos de hierro; pero los más grandes no sirven para comer y los pequeños no valen gran cosa.»

El almirante mandó torcer el rumbo cuando estaban á vista de las costas de Guinea, y se dirigieron al Brasil. Al tocar en la tierra que el cronista llama del Verzino (el Brasil), hicieron abundante provisión de aves, de patatas, de una especie de fruta que se asemeja al piñón del pino, pero que es extremadamente dulce y de un sabor exquisito, conocida más tarde con el nombre de piña, de caña dulce, de carne de anta muy parecida á la de vaca. Como buenos mercaderes hicieron aquí excelentes negocios; por un anzuelo ó por un cuchillo les daban cinco ó seis gallinas; dos gansos por un peine; por un espejito ó un

par de tijeras, pescado suficiente para alimentar diez personas; por un cascabel ó una cinta una cesta de patatas, nombre, dice Pigafetta, que se da á ciertas raíces que tienen más ó menos la forma de nuestros nabos y cuyo gusto se aproxima al de las castañas. De una manera igualmente ventajosa cambiaron las cartas de los naipes; por un rey de bastos les dieron seis gallinas, creyendo que con ello habían hecho un gran negocio.

El día 13 de diciembre, cuando el sol resplandecía en el cenit, llegaban al puerto de Río Janeiro, que desde entonces se llamó de Santa Lucía, por haber arribado á él el día que celebra la Iglesia la festividad de esta Santa.

Gratísima debió de ser la impresión que recibieron los españoles al asentar el pie en el feracísimo suelo de la virgen América y contemplar el espectáculo que ofrecía á sus ojos la encantadora bahía de Río Janeiro llamada por los naturales Nichteroy ó sea *Agua escondida.*

La entrada de aquella bahía, dicen los viajeros, es triunfal. Los barcos, como si se dieran cuenta de la grandiosidad de aquel pórtico del templo de Neptuno, pasan por él con cierto temor y reverencia y como haciendo acatamiento á aquellos dos gigantes colocados en sus puertas como dos vigilantes centinelas: el *Pão de Assucar* y *Santa Cruz.* Entre uno y otro hay la distancia de 1700 metros en ancho, pero inmediatamente después de la barra se separa la orilla para aproximarse de nuevo.

Llegado allí el mar parece como que perdiese su imponente gravedad y soberana monotonía, porque dando vueltas y rodeos caprichosos forma multitud de islas pintorescas, penínsulas deleitosas y apacibles bahías en cuyas aguas tersas y limpias como un espejo saltan y relampaguean los rayos del sol como una lluvia de chispas durante el día, y de noche tiembla la tímida claridad de la luna que riela en las olas con resplandores de plata.

La granítica pirámide denominada por los navegantes, atendida su extraña configuración, con el dulce nombre de *Pan de azúcar,* semeja el guardián de aquel estrecho que en pie y con actitud amenazadora desafía á los furibundos pamperos que desde las llanuras de la Plata soplan con violencia sobre la cabeza del coloso.

Vista la dicha pirámide desde el sur trae á la memoria los *toros alados* que colocaban los arquitectos asirios y persas en las puertas de los palacios reales.

Desde la cubierta de la nao Trinidad la contemplaban los marineros, y, «¿á qué no sabes á qué se parece ese peñón gigantesco que allí ves?» dijo uno de ellos á un su compañero que devoraba con los ojos el hermoso cuadro que ofrecía aquel espectáculo de la naturaleza.

—Tu dirás, respondió el interpelado después de reflexionar un instante.

—Pues á mí se me antoja que es el cuerpo de un enorme león medio sumergido en el agua con la ca-

beza erguida y la melena erizada, á quien dejó allí petrificado la voz omnipotente de Dios.

—Pues así, aquel otro promontorio tendido y largo que allí se parece, replicó el otro, se me figura que es un gigante echado que está durmiendo á más y mejor y estará hasta el día del juicio.

—Y el león le guarda el sueño, ¿no es eso?

—Así es en verdad.

Y en efecto, *el gigante echado* llaman los naturales á una serie de alturas al parecer muy bien alineadas y en realidad muy distantes entre sí, pero cuyo perfil se asemeja en conjunto al de las estatuas yacentes que se ven en algunos sepulcros.

Más tarde, hacia el año 1567, fundaron allí los portugueses la ciudad de Río Janeiro que se extiende en forma de media luna por la orilla occidental de la bahía, trepando su caserío por la vertiente de la colina arriba, como para disfrutar del hermoso panorama.

Desde Río Janeiro siguieron su rumbo arrimados á la costa hacia el sur de América, hasta doblar el cabo de Santa María en el actual departamento de Rocha.

De allí se introdujeron en el mar dulce que ellos llamaron río de San Cristóbal y hoy es conocido con el nombre de Río de la Plata, tan espacioso, tan grande, que si le vieran nuestros tan celebrados ríos de Europa, volverían corridos á su origen para ocultar su pequeñez en el seno de la peña en que tienen su cuna.

---

9. Gigantes.

«COSTEANDO hacia el oeste», dice Albo en su diario, «descubrieron una montaña hecha como un sombrero al cual le pusimos el nombre de Montevidi.» Evidentemente alude al famoso *Cerro,* promontorio que se levanta á unos 148 metros de altura y es el que señala á los navíos la entrada del puerto.

Al pie de este Cerro se edificó más tarde la ciudad de Montevideo, que es ahora una de las más graciosas de la América del Sur, comparada á una blanca paloma que se baña en las tranquilas aguas del mar y cuya belleza inspiró á uno de nuestros poetas contemporáneos[1] tan lindas estrofas que merecerían ser cantadas al compás de una barcarola por los marineros uruguayos:

¡Montevideo! bajel de flores
Al borde anclado de esbelta loma:
Cuna dichosa de los amores
Donde la brisa vertió su aroma:
Náyade bella del onda fría
En cuyo seno me dormí un día;
Debo dejarte y aun no lo creo. . . .
¡Montevideo!

[1] Manuel del Palacio.

Cuando mi nave surcando el Plata
Pinte la estela de luz y espuma,
Y de las torres que fiel retrata
Borre el contorno lejana bruma,
Perdido viendo tu dulce encanto,
Dirán mis ojos con triste llanto
Si yo de olvido podré ser reo . . .
¡Montevideo!

Alegre oasis en mi camino,
Puerto al amparo de la inclemencia,
En ti un instante clavó el destino
La rueda loca de mi existencia.
Allí me empuja la voz del alma,
Aquí me atrae celeste calma;
Dios me perdone si titubeo . . .
¡Montevideo!

Prosiguieron avanzando en la dirección de la costa hacia el noroeste hasta surgir en el fondeadero junto al cual se fundó más tarde la Colonia del Sacramento.

Ancladas allí las naves se adelantó Magallanes á bordo de la *Santiago,* «por ver», dice Albo, «si había pasaje, y hallaron una isleta y la boca de un río muy grande; era el río Solis, é iba al norte».

Fondeó Magallanes junto á la isla de Martín García con algunos marineros, pero viendo cerrado por aquel punto el Mar del Sur, el almirante que se había adelantado para explorar el terreno, se volvió á los suyos; «y venimos», añade Albo, «en vista de Montevideo, y esto fué á dos días del mes de febrero (1520), y á la noche seguimos á cinco leguas del monte y nos quedaba el sureste cuarta del este, y después á la

mañana á tres del dicho nos hicimos á la vela de vuelta del sur».

Costeando siempre hacia el polo antártico, el último día de marzo de 1520 dieron fondo en el puerto de San Julián, donde veremos desarrollarse los tristes sucesos que comenzados por leves motivos vinieron á parar en una lamentable tragedia. Pero antes de penetrar en historia tan triste digamos algunos de los muchos lances que allí ocurrieron á nuestros marinos con los naturales de aquel país, referidos por Maximiliano Transilvano, secretario de Carlos V, y por el caballero Pigafetta [1].

Llegados al golfo de San Julián y pareciéndoles que era muy ancho y formaba un gran seno en la tierra, y que tenía algunas señales y muestras de haber allí algún estrecho para pasar al otro mar del sur, mandó el capitán Magallanes que fuesen dos naos para explorar el pasaje, en tanto que él con las otras tres naos ancladas esperaba que volviesen con la respuesta de lo que hallasen. Entraron las dos naos por el golfo adelante y lo exploraron, y como no hallaran el paso que buscaban volviéronse de ahí á dos días adonde el capitán los estaba aguardando, diciendo que todo aquel golfo estaba lleno de bajos y que no entraba mucho en la tierra ni había pasaje como antes habían

---

[1] Advertimos que los pasajes que se citan de este italiano, compañero de Magallanes, están sacados de la traducción que hizo Medina en su Colección de documentos inéditos.

pensado. Pues como los nuestros llegaron con sus naos por la costa de aquel golfo de San Julián, vieron algunos indios que andaban por la ribera cogiendo conchas de las que por allí había, los cuales eran de muy valientes cuerpos como gigantes y andaban vestidos de pellejos de alimañas, y su color era algo tostada y morena más de lo que el sitio de aquella tierra y región requería y demandaba.

Saltando en tierra algunos españoles para haber lengua con aquellos indios, como les mostrasen unos papeles pintados y tañesen algunas campanillas y cascabeles para atraerlos, comenzaron los indios á saltar y á cantar y á dar muestras de placer y alegría, y á saludar según su manera á los nuestros; algunos de ellos se metían por la boca y garganta hasta el estómago unas saetas de longura de codo y medio, y tornándolas luego á sacar sin recibir mal ni daño alguno, mostraban su alegría, pareciéndoles que en aquello daban á entender su fortaleza y valentía; y finalmente, tres de ellos vinieron donde los nuestros estaban, y haciéndoles señas, les rogaban que entrasen y se fuesen con ellos por la tierra adentro, y que los hospedarían y les harían honra.

Viniendo pues los nuestros á la nao del capitán y haciéndole relación de lo que con aquellos indios había pasado, mandó Magallanes que fuesen siete españoles y que entrasen por la tierra adentro con aquellos tres indios que los estaban aguardando en la ribera, y que mirasen y explorasen con toda la diligencia posible qué tierra y gente era aquélla; así lo hicieron,

y habiendo entrado dos leguas y media por la tierra adelante, yendo siempre fuera de camino llegaron á un boscaje donde había una choza baja y cubierta con pieles de animales; los nuestros fueron recibidos de aquella gente bárbara con aparato y ceremonias salvajes. Diéronles de comer carne á medio asar. Como fuese ya noche é hiciese gran frío y viento, fuéles necesario á los españoles recogerse á dormir debajo de las pieles que allí había, repartiéndose por suertes el cuidado de velar unos en tanto que los otros dormían, por temor de que los indios intentasen hacerles algún mal, y lo mismo hicieron los indios recelándose de los nuestros, echándose algunos de ellos á dormir cerca de un gran fuego que tenían, y velando otros.

Al amanecer el siguiente día comenzaron los españoles á rogarles por señas que se fuesen á las naos con ellos; viendo que por ruegos no los podían atraer apelaron á las amenazas; entráronse los indios en sus cabañas y al poco rato salieron vestidos de recias pieles que los cubrían de los pies á la cabeza, untadas las caras con diversos colores, con arcos y saetas en las manos y en ademán de embestir fieramente á los extranjeros. «Viendo pues los nuestros», dice el citado Transilvano, «cómo aquellos espantosos gigantes, que tales parecían con los nuevos vestidos que se habían echado encima, se aparejaban para pelear de aquella manera, soltaron un tiro de escopeta, al cual, aunque fué en vano, ansí los espantó el tronido, que luego se rindieron los que antes se mostraban muy

feroces, y comenzaron por señas á tratar paz con los nuestros: é finalmente se concertaron que solamente los tres de ellos se viniesen á las naos con los españoles, y ansí se partieron de aquella cabaña, quedando en ella los otros dos indios; pues como los siete españoles trajesen consigo aquellos tres gigantes y se viniesen con ellos para las naos, era tan grande el paso que daban que apenas podían los nuestros trotando atener con ellos: é yendo así vieron venir de lejos por el monte un asno silvestre, y so color de ir tras él se les fueron huyendo y escabulleron de las manos dos de ellos: y como esto vieron los nuestros echaron mano del tercero que les quedaba y lleváronlo á buen recaudo hasta las naos, el cual se murió dentro de pocos días de puro coraje, sin querer comer, como es costumbre de los indios y de las bestias bravas.»

No es menos curioso lo que dice Pigafetta hablando de los patagones, raza de gigantes, de los cuales descienden probablemente los actuales Tehuel-che[1].

«Un día en que menos lo esperábamos, se nos presentó un hombre de estatura gigantesca. Estaba en la playa casi desnudo, cantando y danzando al mismo tiempo y echándose arena sobre la cabeza. El comandante envió á tierra á uno de los marineros con orden de que hiciese las mismas demostraciones en señal de amistad y de paz, lo que fué tan bien comprendido que el gigante se dejó tranquilamente conducir á una

[1] *Reclus*, Nouvelle Géographie universelle.

pequeña isla á que había abordado el comandante. Yo también con varios otros me hallaba allí. Al vernos manifestó mucha admiración, y levantando un dedo hacia lo alto, quería sin duda significarnos que pensaba que habíamos descendido del cielo.

«Este hombre era tan alto, que con la cabeza apenas le llegábamos á la cintura. Era bien formado, con el rostro ancho y teñido de rojo, con los ojos circulados de amarillo, y con dos manchas en forma de corazón en las mejillas. Sus cabellos, que eran escasos, parecían blanqueados con algún polvo. Su vestido, ó mejor su capa, era de pieles cosidas entre sí, de un animal que abunda en el país, según tuvimos ocasión de verlo después. Este animal tiene la cabeza y las orejas de mula, el cuerpo de camello, las piernas de ciervo y la cola de caballo, cuyo relincho imita [1]. Este hombre tenía también una especie de calzado hecho de la misma piel. Llevaba en la mano izquierda un arco corto y macizo, cuya cuerda, un poco más gruesa que la de un laúd, había sido fabricada de una tripa del mismo animal; y en la otra mano, flechas de caña cortas, en uno de cuyos extremos tenían plumas, como las que nosotros usamos, y en el otro, en lugar de hierro, la punta de una piedra de chispa, matizada de blanco y negro. De la misma especie de pedernal fabrican utensilios cortantes para trabajar la madera.

---

[1] El animal á que Pigafetta se refiere es el guanaco.

«El comandante en jefe mandó darle de comer y de beber, y entre otras chucherías, le hizo traer un gran espejo de acero. El gigante que no tenía la menor idea de este mueble y que sin duda por vez primera veía su figura, retrocedió tan espantado que echó por tierra á cuatro de los nuestros que se hallaban detrás de él.»

Hasta aquí Pigafetta, que en lo de la estatura de los gigantes parece que anduvo exagerado, si bien Luis de Bougainville, que realizó la primera circumnavegación francesa del globo en los años 1766 á 1769, midió un gran número de patagones, halló que la estatura de los adultos era de cinco pies y diez pulgadas ó sea 1 metro y 895 centímetros.

Por ser el tiempo frío y estar de muy mal talante el mar para la navegación, viéronse obligados los españoles á detenerse mucho tiempo en el puerto de San Julián, dilatando Magallanes de día en día el pasar adelante y el volver atrás. Era el mes de mayo, cuando en estas nuestras partes comienzan los grandes calores del estío, y sin embargo hacía tan riguroso invierno que hablaron muchos de volverse á España para no morir de frío y de hambre; pero el capitán les rogó y amonestó, mayormente á aquellos en quienes no estaba amortiguado el generoso ánimo y corazón de españoles, á que tuviesen un poco de paciencia, porque muy pronto se trocaría el trabajo en descanso y los padecimientos en mercedes y galardones. Con todo eso no se aquietaron los revoltosos, y la tempestad que hasta entonces había rugido sordamente, debía estallar muy pronto.

10. ¡Sed preso!

LA discordia había asomado la cabeza ya desde el principio de esta jornada; la causa fué, dice Maximiliano Transilvano, que como en la Armada iban muchos portugueses, por ser portugués el capitán Magallanes, se cruzaron entre los castellanos y ellos algunas palabras del odio antiguo que los unos se tienen á los otros, trayendo á la memoria los unos la batalla de Aljubarrota y los otros la de Toro, y así por este jaez.

Un día Juan de Cartagena, capitán de la nave *San Antonio*, nombrado por el rey *conjunta persona* del almirante, se atrevió á representar á Magallanes, no con el comedimiento que es debido á la autoridad, que pues según las instrucciones del rey debía consultar con él y con otros oficiales las cosas relativas al viaje, se acomodase á lo dispuesto y comenzase por cumplirlo desde luego, dándole cuenta y razón de la derrota que pensaba seguir.

Diósela Magallanes, y hubo de hacerlo con algún desabrimiento y altanería, de donde mediaron algunas palabras duras, y los ánimos quedaron más agriados.

Frente á la costa de Guinea, cuando parecía que había de bajar la Armada hacia el Cabo de Buena

Esperanza, viró la nave capitana en dirección á occidente.

Advirtió el cambio de rumbo Cartagena, y en la primera entrevista que tuvo con Magallanes, le preguntó con enojo la causa de semejante cambio.

—Á vos os cumple seguirme, respondió el capitán general, y pues sé muy bien lo que hago, y no tengo otro sobre mí, y yo estoy sobre todos, no tengo obligación de daros cuenta de mis actos.

Retiróse Cartagena con los ojos despidiendo centellas y puesta la mano en el puño de la espada.

Cundió rápidamente el malestar que tenía su origen en la *San Antonio* y llegaba hasta la *Santiago*, malestar que se manifestaba en las murmuraciones y dicterios contra el presuntuoso extranjero é hinchado portugués que les conducía á una empresa vana y estéril, ya que no al naufragio y á la muerte.

Ninguna cosa puede hacer más gloriosa para su patria, decían unos, que hundir la Armada con todos los castellanos que en ella van; que el viaje y camino que por allí llevaban no era para ir á las bienaventuradas Molucas, sino á perpetuas nieves y hielos donde perecerían miserablemente. No es de creer, decían otros, que pudiese hallar aquellas islas del clavo y de la nuez moscada, sino que quería traer engañado al emperador por espacio de algunos años con esta vana esperanza, y otras cosas á este tono.

Una noche de deliciosa calma, cuando se deslizaba tranquilamente la escuadra en la latitud de Sierra

Leona, envió Cartagena á uno de sus marineros al capitán general con el encargo de saludarle en estos términos, que no son en verdad modelo de cortesía, y sí de imponderable frescura.

«Dios os salve, señor capitán y maestre, é buena compañía.»

Al cual saludo respondió Magallanes por medio de Esteban Gómez, piloto de la *Trinidad*, y Juan de Elorriaga, maestre de la nao *San Antonio*, «que no le saludase de aquella manera, salvo (sino) llamándole capitán general».

Era Cartagena, como todos los hombres irreflexivos y apasionados, incapaz de callar á tiempo, y así por toda satisfacción, mandó decir á su jefe por los mismos embajadores que éste le envió, «que con el mejor marinero de la nao le había saludado, que quizá otro día le saludaría con un paje».

Relámpago de ira brilló en los ojos de Magallanes al escuchar la respuesta de su subordinado, y tomó luego la actitud de quien medita algún serio proyecto.

Pocos días después de este incidente desagradable, sobre cubierta de la nao capitana hallábanse reunidos el capitán general y todos los demás capitanes y pilotos de las naos que obedeciendo á orden superior habían acudido allí, «é juntos pasaron entre ellos muchas palabras sobre la dicha derrota é manera de saludar». No nos refiere el cronista los términos de esta borrascosa contienda, pero algo grave hubo de pasar y algo grave hubo de decir, cuando Magallanes, revis-

«¡Por el rey! Cartagena, sed preso.»

tiéndose de suprema autoridad, se adelantó hacia Cartagena y poniéndole la mano sobre el hombro, le dijo: «¡Por el rey! Cartagena, sed preso.»

Al instante le rodeó un pelotón de soldados que le llevaron al cepo.

Revolvíase Cartagena como un tigre herido, y rugiendo de ira gritaba á los oficiales: «¡Favor, prended vosotros á Magallanes!»

«É no le acudieron é quedó preso el dicho Cartagena de pies en el cepo.»

«Y en esto dichos oficiales, rogaron al dicho Magallanes que lo entregase á uno de ellos preso, y así lo entregó al tesorero Luis de Mendoza, tomándole pleito homenaje de se lo volver cada é cuando él se lo pidiese preso; y con tanto siguieron su viaje adelante, é puso por capitán en lugar de Cartagena á Antonio de Coca, contador.»

II. Una ejecución en alta mar.

LA víspera del Domingo de Ramos, llegaron al puerto de San Julián.

Al siguiente día, después de oir Misa toda la Armada, Magallanes con singulares muestras de cortesía, convidó á su mesa á los capitanes, oficiales y pilotos; llegada la hora del banquete y estando todo espléndidamente preparado cuanto lo permitían las circunstancias, vió con asombro que de todos los invitados sólo se presentaba uno: su primo Álvaro de la Mezquita.

¿Qué significaba aquel desaire que daban á su jefe aquellos valientes marinos?

Había mar de fondo; el viento de la desconfianza lo agitaba con su helado soplo.

Querían los capitanes ir derechamente al Maluco, la tierra de las ricas especias, por el camino trivial y sabido del Cabo de Buena Esperanza; ¿qué tenían pues que ver ellos con las costas de América?

Á punto estaba de reventar la mina con terrible explosión de rebeldía general; pero una sola cosa contenía los ánimos exaltados: habían jurado por cuanto hay de más grande, por cuanto hay de más santo en el cielo, por el libro de los sagrados evangelios, que

obedecerían al que su rey había señalado como jefe de la escuadra.

Llegó el momento fatal; azuzados por Juan de Cartagena que era el que atizaba el fuego, creyeron que era preciso imponerse al capitán general y decirle resueltamente que de allí no pasaban; llegó también el momento de que éste pusiera á prueba toda la energía de su carácter, descargando el brazo sobre los rebeldes con toda la fuerza que le daba la autoridad de que estaba investido.

En el silencio de la noche, Gaspar de Quesada con treinta hombres armados pasó desde la nao *Concepción* á la *San Antonio*, cuyo capitán era Álvaro de Mezquita, único que se mantenía fiel á Magallanes y que por lo mismo podía servirles de estorbo en la ejecución de sus intentos.

Al llegar á bordo pidieron por el capitán; salió Mezquita del camarote; desenvainaron las espadas los recién llegados, y apuntándole al pecho con ellas le intimaron que se asociara á ellos en los planes de rebelión.

—Pasaos á los nuestros y dejad á ese extranjero.

—He jurado seguirle, y no vuelvo un paso atrás, respondió el pundonoroso capitán, irguiendo noblemente la cabeza.

—¡Traidor! rugieron los revoltosos.

—¡Traidor!... los traidores sois vosotros, replicó al punto Álvaro de Mezquita.

Entonces Quesada y Cartagena ordenaron que después de sujetarle con fuertes grillos, le encerraran

en el camarote del escribano de la nao *Jerónimo Guerra.*

Al ruido acudió el clérigo Pedro de Valderrama, el cual revistiéndose de la autoridad que le daba su carácter sagrado, se dirigió á Quesada que estaba entonces junto á Cartagena y le dijo en tono de severa reconvención:

—Quesada, *cum sancto sanctus eris, et cum perverso perverteris.*

—¿Quién aprueba eso? preguntó Quesada.

—El profeta David, dijo Valderrama.

Á lo que respondió el agresor volviéndole la espalda: No conocemos ahora, Padre, al profeta David.

Destituído ya el capitán, mandó Quesada un marinero á la nao *Concepción* con una orden para Juan Sebastián del Cano, su maestre. La orden era que dispusiese á bordo toda la artillería como si estuviera ya en frente el enemigo.

Sebastián del Cano tuvo que cumplir la orden de su jefe, que estaba tan fuera de sí, que al que osaba resistirle le ponía el puñal al pecho y le cargaba de cadenas.

Al desgraciado Juan de Elorriaga que protestó requiriéndole en nombre de Dios y del rey, arremetió furioso y le asestó seis puñaladas dejándole en el sitio.

Dueños los sublevados de tres naos, se repartieron el mando de ellas del modo siguiente:

Cartagena pasó á la *Concepción.*

Quesada quedó en la *San Antonio.*

Mendoza, que tan mal había cumplido su juramento de tener preso á Cartagena, prosiguió en el gobierno de la *Victoria.*

Entonces fué cuando encarándose los rebeldes con Magallanes le intimaron la rendición.

¿Qué hará el capitán general al ver el principio de autoridad por los suelos y levantando osadamente la cabeza á la anarquía, que es más temible en las soledades del océano que el mismo naufragio?

Resolución y valor eran menester en aquellos instantes supremos, y además un golpe atrevido que desconcertara á los conjurados.

Manda llamar al alguacil Espinosa, le habla en secreto y le da un pliego ó carta y cinco ó seis hombres ocultamente armados para que le acompañen; tomando el esquife de la capitana se dirigen á buen compás de remos hacia la nao *Victoria* donde estaba, digámoslo así, el foco de la conjuración. Subido que hubieron á bordo piden ser presentados al capitán Luis de Mendoza.

—¿Qué se ofrece? preguntó éste con soberbio desdén.

—Una carta del capitán general de esta Armada, respondió el alguacil, y al decir esto alargó el pliego á Mendoza.

«É dada la dicha carta, leyóla sonriéndose, como quien dice: No me cogerá por allá.» Sacó entonces Espinosa el puñal que llevaba escondido, y cerrando contra el descuidado capitán se lo hundió en la garganta, otro marinero le dió una cuchillada en la cabeza con lo

que le dejaron tendido y muerto en el humeante charco de su sangre.

Á una señal, subió Duarte de Barbosa con quince hombres armados enviados allí por Magallanes para que estuvieran al acecho, se apoderaron de la nao y alzaron bandera «sin que nadie les resistiese, sin les decir nadie que ¿por qué habéis hecho esto?»

Al día siguiente por la noche, cuando más descuidados estaban, Magallanes «asaltó la nao *San Antonio* y rindiéndola á discreción prendió á Quesada y al contador Antonio de Coca y demás sobresalientes que con el primero habían pasado á dicha nao, y los puso en prisiones debajo de cubierta, enviando luego por Juan de Cartagena, á quien puso igualmente preso con ellos».

En las primeras horas de la mañana, cuando las tinieblas de la noche habían cedido su turno á los primeros rayos del sol, vieron los marineros un espectáculo que les heló la sangre en las venas de espanto: colgando de una antena vieron la cabeza y los miembros de Mendoza, mientras el pregonero gritaba de cuando en cuando y á son de trompeta: Luis de Mendoza, condenado á muerte por delito de rebelión.

La misma suerte cupo á Quesada, á quien Magallanes mandó se le cortara la cabeza y sus cuartos fueran expuestos al público para escarmiento de los rebeldes.

Á Juan de Cartagena y al sacerdote secular Pedro Sánchez de Reina, condenó á ser abandonados en

las playas de Patagonia, «con sendos taleguitos de bizcocho é sendas botellas de vino, perdonando á más de cuarenta por no extremarse en el castigo y ser necesarios para el servicio de la nao».

Tal fué el triste desenlace de aquella sublevación en que tuvieron gran parte de influencia la procedencia del jefe que por su altivez humillaba doblemente el orgullo de los castellanos, y las preocupaciones y desconfianzas de éstos que se hallaban lanzados en una empresa cuyo término no veían.

Pero como sin obediencia no hay sociedad ni orden posible, por eso Magallanes enrojeció con sangre la espada de la autoridad y sólo la volvió á la vaina cuando se hubo restablecido la sumisión, que era entonces indispensable como nunca, pues tocaban ya con la mano, aunque sin saberlo, el tan suspirado Estrecho

---

12. ¡Adelante!

MAGALLANES, ejecutado el severo escarmiento que hemos dicho, sin arredrarse un punto por las dificultades que le salían al paso, prosiguió con indomable constancia en el camino que había tomado del Sur de América.

Por lo demás, en la tripulación reinaba una quietud y orden admirables.

El capitán general dió orden a Juan Serrano de que se adelantara con la *Santiago* para tentar el vado, y así lo hizo, pero con tan mala suerte, que el bajel no pudiendo resistir al poderoso elemento, fué juguete de las olas que se divirtieron largo espacio de tiempo con él lanzándoselo unas á otras, ora bajándole ora subiéndole y haciéndole dar mil vueltas, hasta que cansadas le arrojaron contra unas rocas altísimas, donde se estrelló.

Voló Magallanes en su socorro, pero á duras penas logró salvar la tripulación. El que conociendo los riesgos naturales de la navegación y los elementos que las ciencias y las artes han ido acumulando hasta el día para construir esos magníficos barcos que surcan con majestad el Atlántico, se detiene á considerar lo

que eran los bajeles con que se hicieron aquellos famosos descubrimientos, no acierta á comprender que fueran hombres como los demás los que en tan mal seguras tablas ponían la proa hacia los mares *tenebrosos,* ruta casi cierta del abismo.

Prosiguiendo después su viaje llegaron á la boca de un río, cuyas márgenes por lo floridas y pintorescas les recordaron aquel otro que habían dejado allá en Sevilla y del cual cantó más tarde el divino Herrera en versos sosegados y majestuosos como la corriente del Guadalquivir:

Cubrió el sagrado Betis de florida
Púrpura y blandas esmeraldas llena
Y tiernas perlas la ribera undosa.

Bautizáronle con el hermoso nombre de Santa Cruz, por haberle descubierto el 14 de septiembre, día en que celebra la Iglesia la Exaltación del adorable signo de nuestra salud.

Este uso de poner nombres y objetos religiosos, era muy común entre los descubridores.

«Para bautizar los territorios del Nuevo Mundo», dice un historiador, «y los astros que brillan en su cielo, nuestra raza apuró el Santoral y el Diccionario de la península ibérica; así la más bella constelación del hemisferio austral se llama *Cruz del Sur,* y todos los accidentes geográficos de América llevan nombres españoles.»

Detuviéronse allí obra de dos meses para proveer las naves de los bastimentos necesarios.

Una noche se desencadenó tan furiosa borrasca que puso en trance de naufragio las embarcaciones. Soplaba el viento en diferentes tonos como una hidra cuyas siete cabezas estuviesen silbando á un tiempo; el mar agitaba las olas con la ira y la violencia con que sacude una furia las sierpes de su cabellera, cuando he aquí que se ofreció á los ojos de los marineros un espectáculo que les sorprendió agradablemente.

Encima de cada palo, en la punta de cada antena y de cada mástil aparece una luz trémula, tenue, azulada, un penacho de resplandor fosfórico que se destacaba sobre el fondo negro y tenebroso del cielo encapotado; una luminaria improvisada en medio de la más imponente obscuridad; al ver tan maravillosa aparición todos los marinos que llenaban la cubierta de las embarcaciones, prorrumpieron en un grito de entusiasmo, en un vítor atronador que fué rodando por las llanuras del mar; era el *Fuego de San Telmo,* que según los antiguos presagiaba buen tiempo y felices empresas; superstición muy vieja entre la gente de mar; ya Horacio entre las divinidades que deseaba propicias á su amigo Virgilio al embarcarse para Atenas, cuenta á Castor y Polux, *hermanos de Helena,* augurio, cuando aparecían en los mástiles de las naves, de felices empresas.

La de Magallanes estaba á punto de realizarse. ¡Qué gloria si llegaba á encontrar un paso para el Mar del Sur á través del continente americano!

El corazón del héroe fluctuaba entre la angustia y la esperanza.

Estos son los momentos solemnes del genio; momentos de los cuales depende que la posteridad agradecida exclame llena de asombro, *¡ese era un sabio!* ó que perpetúe el mundo su memoria pronunciando su nombre con una inmensa carcajada diciendo: *¡ese era un loco!*

Magallanes tenía unos como presentimientos de que por allí cerca debía de andar el Estrecho, y como hombre que después de haber desplegado todas sus energías y toda su actividad, pone su esperanza en Dios, dispuso que antes de hacerse de nuevo á la vela confesaran los navegantes, como lo hicieron en pos de su capitán general. *Si no existiera el Estrecho, merecía Magallanes que Dios lo creara para premiar su fe,* podríamos decir parodiando unas palabras que un célebre orador moderno dijo de Cristóbal Colón.

Y . . . allí lo tenían delante de los ojos, lo estaban tocando, entre el extremo meridional de América y el archipiélago de la Tierra del Fuego; allí lo veían convidándoles con su entrada.

Prosiguió Magallanes la derrota hacia el sur, y el 21 de octubre, hallándose la escuadrilla á unas cinco leguas de la costa y á la latitud de 52° próximamente, descubrieron un promontorio detrás del cual formaba el mar una especie de golfo.

Este promontorio era el Cabo de las once mil Vírgenes, donde empieza el famoso estrecho que en honra

de su descubridor quisieron los marineros se llamara de Magallanes, ninguno de los exploradores le hubiera reconocido, y eso que lo tenían delante, y hubiera quedado largo tiempo por descubrir, sin los grandes conocimientos de su capitán general.

Camoens, el gran poeta lusitano Camoens, hubiera tomado á este promontorio por hermano del gigante Adamastor;

una figura
En el aire se muestra, tosca y válida,
De disforme y grandísima estatura,
Con el rostro cargado y barba escuálida;

y así como el Cabo de Buena Esperanza personificado bellísimamente por el poeta en el gigante Adamastor increpó á Vasco de Gama cuando le dobló con su gente, así el Cabo de las once mil Vírgenes apostrofaría sin duda al intrépido Magallanes el primero que con impío atrevimiento había osado doblarle:

Con un tono de voz fuerte, espantoso,
Que pareció salir del mar profundo,
Comenzó á hablar: las carnes y el cabello
Erizáronsenos de oíllo y vello.

Y dijo: ¡Oh gente osada, más que cuantas
En el mundo intentaron grandes cosas,
Que ni de empresas ásperas te espantas
Ni de proyectos bélicos reposas!
Pues los vedados términos quebrantas,
Y navegar los largos mares osas
De que ha ya tantos años soy el dueño
Y nunca ha arado extraño ó propio leño.

Como nuestro almirante no oyó ni siquiera se imaginó que oía semejantes voces, alzó la vista al hirsuto coloso, le dió la vuelta, se entró con su nao *Trinidad* en el estrecho, y volviendo el rostro á los compañeros que le seguían en las otras naves, gritó con voz que repitieron los ecos de roca en roca:

¡Adelante!

13. ¡Quién sabe dó va!...

EN el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo», dijo el jefe de la escuadra, mirando de pie desde su castillo de la *Trinidad* las angosturas del canal por donde resueltamente habían entrado, y haciendo la señal de la cruz sobre su frente.

Era el primero de noviembre de 1520, día de imperecedera memoria para la marina española representada en aquellas cuatro naos, en aquel puñado de valientes marinos y en aquel almirante puesto al servicio de España.

Estaba ya descubierto el famoso Estrecho, que en atención al día fué llamado entonces *Estrecho de todos los Santos*, bien que muy pocos fueron los que cayeron en la cuenta, antes al contrario muchos seguían agitados por la duda, aunque por los recuerdos que conservaban de San Julián ninguno se atrevía á rechistar.

Continuaron el mismo rumbo hasta llegar á una espaciosa ensenada cerca de la cual se levantaban varias islas.

Era ésta la bahía de San Bartolomé de los españoles, ó Pecket de las cartas inglesas.

Allí la costa cambia de dirección, inclinándose hacia el sur, rumbo que tomaron los navegantes, pero apenas habían andado quince leguas observaron que el estrecho se bifurcaba.

Magallanes ordenó que dos naves penetrasen por el camino que se abría al oriente, mientras él seguía avanzando por el otro canal con el resto de la escuadra; las dos divisiones debían reunirse en el punto en que se abrían los dos canales.

Él por su parte recorrió la prolongación de la costa de la península llamada ahora de Brunswick, hasta el Cabo de Froward que forma la extremidad austral del continente americano, término de la gran cordillera andina.

El cabo se eleva á 1.200 pies sobre el nivel del mar, y detrás del mismo yergue su soberbia mole el Monte Victoria á 2.900, cuyas cimas rondan los avestruces y el cóndor de gigantescas alas.

«Nada puede dar idea de la impresión que producen estos lugares», dice un viajero [1], «donde verdaderamente se siente que se acaba el mundo.

«El cielo está cubierto por negras nubes que de vez en cuando dejan aparecer algunos rayos de sol; entonces quiébranse éstos en los ventisqueros, haciendo surgir de ellos como una lluvia de centellas; el hielo ofrece cambiantes de color de rosa; las lejanas montañas aparecen de un azul intenso, recortadas con la

[1] *D. Octavio Velasco del Real,* Viaje por la América del Sur.

tersura de un cristal, y del mar verde parece deban surgir las oceánidas salvajes, las sirenas traidoras que tantos cadáveres han arrastrado al fondo de ese canal laberíntico, imagen de los infiernos donde no reina el sol, donde reinan siempre las tinieblas.»

Las dos naves designadas por el Capitán general, exploraban el canal que se dirige hacia oriente. Una de ellas, que avanzó menos en el reconocimiento, dió luego la vuelta para reunirse con la de Magallanes.

La otra, que era la *San Antonio*, abandonó la escuadrilla y á gentil compás de vela y remo se tornó á España, con lo que privó á sus compañeros de una abundante provisión de víveres.

Magallanes, luego que hubo regresado al punto de cita, pasó algunos días buscando la nao citada, y perdida ya toda esperanza de encontrarla, hizo poner algunas señales en varios puntos de la costa, y dejada en uno de ellos una marmita con una carta en que indicaba el rumbo que iba á tomar, se alejó de aquelos lugares.

La nave desertora, que por cierto era la mayor que había en la Armada, llegó á España, según consta de una carta á Carlos V, del doctor Matienzo y López de Recalde, escrita en Mayo de 1521: «É vinieron derechamente á este puerto (de las Muelas de Sevilla), comiendo tres onzas de pan cada día porque les faltaban los bastimentos.»

Dió Magallanes á la región del Sur el nombre de *Tierra del Fuego*, á causa de las muchas fogatas que

allí encendían los salvajes, y acreditó su sagacidad afirmando que esta tierra debía ser una gran isla y no parte del gran continente austral, como se creyó durante cerca de un siglo.

Fórmala más propiamente un conjunto de islas montuosas, frías, estériles, en donde la llama de los volcanes alumbra las eternas nieves, sin derretirlas; el mar penetra en ellas por numerosos canales; pero los pasos son tan estrechos, es tal la impetuosidad de los vientos, que el navegante no se atreve á aventurarse en su laberinto; lavas, granitos, basaltos en completo desorden forman escarpadas riberas suspendidas sobre las mugientes olas.

Antes de pasar adelante, consultó Magallanes á sus compañeros los capitanes y pilotos, si debía seguir en la comenzada empresa.

¿Á qué obedecía esta consulta? ¿Es que este coloso, mayor que el de Rodas, fluctuaba al verse entre dos inmensidades, el Océano Atlántico y el Pacífico, ó es que había vuelto á silbar entre su gente el viento de la sublevación? Esto segundo parece más probable, dada la seguridad que siempre había mostrado de salir con su intento.

Transcribimos aquí la consulta que dirigió á Duarte Barbosa, capitán de la nao *Victoria,* que dice así:

«Yo, Fernando de Magallanes, caballero de la Orden de Santiago y Capitán general de esta Armada que S. M. envía al descubrimiento de la especiería, etc. Hago saber á vos, Duarte Barbosa, capitán de la nao

Victoria, y á los pilotos, maestres y contramaestres de ello, cómo yo tengo entendido que á todos os parece cosa grave estar yo determinado de ir adelante, por pareceros que el tiempo es poco para hacer este viaje en que vamos. Y por cuanto yo soy hombre que nunca deseché el parecer y consejo de ninguno, antes todas mis cosas son practicadas y comunicadas generalmente con todos, sin que persona alguna sea afrentada de mí, y por causa de lo que aconteció en el puerto de San Julián sobre la muerte de Luis de Mendoza, Gaspar Quesada y destierro de Juan de Cartagena y Pedro Sánchez de Reina, clérigo, vosotros con temor dejáis de dirigirme y aconsejar todo aquello que os parece que es servicio de S. M., bien y seguridad de dicha Armada, y no me lo tenéis dicho y aconsejado; erráis al servicio del emperador rey, nuestro señor, é is contra el juramento y pleito homenaje que me tenéis hecho; por lo cual os mando de parte de dicho señor, y de la mía ruego y encomiendo que todo aquello que sentís que conviene á nuestra jornada, así de ir adelante como de volvernos, me deis vuestros pareceres por escrito, cada uno de por sí, y declarando las cosas y razones por que debemos de ir adelante ó volvernos, no teniendo respeto á cosa alguna porque dejéis decir la verdad, con las cuales razones y pareceres diré el mío para tomar conclusión en lo que hemos de hacer.

«Hecho en el canal de todos los Santos, enfrente del río del Isleo, en cuarta feria, veintiuno de no-

viembre, en cincuenta y tres grados, de mil quinientos y veinte años. Por mandado del capitán general, Fernando de Magallanes, León de Espelece. Fué notificado por Martín Méndez, escribano de dicha nao, en quinta feria, veinte y dos días de noviembre de mil quinientos y veinte años.»

Como se ve por el contexto de este documento, Magallanes perseguía á todo trance la rebelión y la desobediencia, pero no desatendía las advertencias y representaciones que pudieran hacerle sus compañeros, dentro siempre de los límites de la sumisión y acatamiento debidos á quien tenía las veces del monarca.

Por eso protesta solemnemente de que en ningún caso quería que prevaleciese su opinión contra el parecer de los demás.

Contestaron alentándole á que no cejase de la comenzada empresa de descubrir la Especiería por el camino de occidente.

Tomó entonces el capitán general la actitud majestuosa que solía en semejantes casos, y señalando con la mano al pecho, donde lucía la cruz de Santiago, dijo con voz firme y resuelta: «Que así le parecía á él también, y por lo tanto que todos le siguiesen, que él esperaba de la piedad de Dios, que les había traído hasta aquel lugar, y le tenía descubierto aquel canal tan deseado que los llevaría al término de su esperanza.»

Notificado á las naos este parecer y orden suya, con gran fiesta de tiros, mandó levar el ancla.

Hábil fué este golpe, con el cual logró cerrar la boca de algunos murmuradores, presintiendo que la mayor parte de los capitanes y maestres estarían de parte de su jefe.

En Cabo Pilar termina el estrecho, 475 kilómetros desde el Cabo de las Vírgenes; cuando lo hayan doblado azotarán su frente las brisas de los mares orientales, y la Virgen de la Victoria tomará posesión de un océano jamás hollado por planta humana.

«Las naos, después de mil peligros, salían de las angostas fauces del estrecho . . .»

14. Por mares desconocidos.

SOBRE las rientes ondas del mar azul, donde no hay límites para nuestros pensamientos, donde es libre nuestra alma, tan lejos como nos pueden llevar la brisa y las olas espumosas, contemplad nuestro imperio . . . allí están nuestros dominios sin fronteras que lo limiten.»

Estos acentos que Lord Byron pone en boca de su «Pirata», son los acentos en que prorrumpirían los compañeros de Magallanes el día 28 de noviembre de 1520.

Las naos *Trinidad, Victoria* y *La Concepción,* después de mil peligros, después de mil azares, salían de las angostas fauces del estrecho donde habían pensado perecer, y se lanzaban triunfantes y victoriosas con próspero viento por aquel descubierto mar que parecía traerles en sus olas rumorosas las brisas de la patria.

> Así fueron abriendo aquellos mares
> Que otra generación jamás abriera.
>
> (Camoens.)

Habían entrado ya en el inmenso océano nunca visitado por el hombre; entonces estaba tranquilo el mar, como si acariciado por una mano poderosa contuviese sus bríos para que le rigiera á su mandar el

intrépido marino émulo de Colón y Vasco de Gama; ó quizá al divisar sobre la arboladura de los barcos ondeando al viento la celestial imagen de María, quiso rendirle pleito homenaje, y acalló el estruendo de sus olas, para que el cielo y la tierra escucharan su juramento.

Magallanes y los suyos dieron á este mar, de suyo alborotado y turbulento, con harta impropiedad el nombre de Pacífico, porque lo estaba en aquella sazón.

«En el momento en que desembocábamos en el océano», dice Pigafetta, «presenciamos una caza curiosa que algunos pescados hacían á otros. Los hay de tres especies, esto es, dorados, albacoras y bonitos, que persiguen á los pescados llamados volantes. Éstos, cuando son perseguidos, salen del agua, desplegan sus nadaderas, que son bastante largas para servirles de alas, volando hasta la distancia de un tiro de ballesta: en seguida vuelven á caer al agua. Durante este tiempo, sus enemigos, guiados por su sombra, les siguen y en el momento en que vuelven á entrar en el agua los cogen y se los comen. Estos pescados volantes tienen más de un pie de largo y son un excelente alimento.»

El 18 de diciembre pasaba la flotilla entre la costa de Chile y la isla de Juan Fernández; el 21 entre las islas de Juan Fernández y las de San Félix y San Ambrosio, y al cabo de tres meses y veinte días, des pués de recorrer hacia el noroeste más de 400 leguas, divisaron las islas que por pequeñas, desiertas y es-

térriles merecieron que la tripulación las apodara con el nombre de Islas Infortunadas.

Ésta fué la única tierra que descubrieron en tan larga navegación, por lo que llegaron á un extremo apuradísimo, hasta el punto de que, como dice el citado cronista, «si Dios y su Santa Madre no nos hubiesen favorecido con una navegación feliz, habríamos todos perecido de hambre». Agotadas las provisiones que tenían de repuesto, viéronse en la dura necesidad de echar mano del polvo del bizcocho que hervía de gusanos, y beber agua encharcada y hedionda, y de repartirse como único alimento substancioso las durísimas pieles de vaca con que se había forrado la gran verga para evitar que la madera destruyera las cuerdas. Este cuero siempre expuesto al agua, al sol y á los vientos, estaba tan duro, que era necesario sumergirlo durante cuatro ó cinco días en el mar para ablandarlo un poco; para comerlo lo ponían en seguida sobre las brasas. Á menudo se veían reducidos á alimentarse de serrín, y hasta las ratas, tan repugnantes para el hombre, habían llegado á ser manjar tan delicado que se pagaba medio ducado.

Y no era esto lo peor; sino que además se veían atacados de una especie de enfermedad que hacía hinchárseles las encías hasta el extremo de sobrepasar los dientes en ambas mandíbulas haciendo que los enfermos no pudiesen tomar ningún alimento.

Diez y nueve europeos y un indio de la costa de Patagonia perecieron víctimas del hambre, logrando

escapar de la muerte casi por milagro los demás. Fortuna del viento próspero y bonancible que la divina Providencia les enviaba que hacía correr las naves de 60 á 70 leguas diarias.

El día 13 de febrero cortaban la línea equinoccial por los 147° 48′ longitud oeste de Cádiz, y cambiando luego de rumbo en los 13° hacia el oeste, descubrieron dos islas no muy grandes, por medio de las cuales pasaron por no poder dar fondo.

En eso vieron venir hacia la flota una bandada de barquichuelos que volaban con extraordinaria rapidez gracias á las velas de palma triangulares que permitía á los tripulantes hacer de popa proa, y de proa popa; lanzáronse aquellos inesperados piratas sobre la capitana, robando cuanto les vino en talante; dispararon los nuestros la artillería, y aquella bandada de aves de rapiña huyó despavorida, no sin llevarse en su precipitada fuga el esquife de la capitana.

Para recobrarlo bajó á tierra el capitán general con cuarenta hombres armados, les quemó cerca de cincuenta casas, destruyó sus embarcaciones, mató siete indios y ahuyentó á los demás. Sus casas eran de madera, techadas con hojas de plátanos y con departamentos bastante aseados provistos de ventanas, y de lechos muy blandos que hacían de esteras de palma muy finas y extendían sobre la paja; no tenían más armas que lanzas cuya punta estaba provista de un aguzado hueso de pescado. Cuando vieron los bárbaros desde lejos levantarse sobre sus chozas las rojas

llamaradas entre columnas de negro y espeso humo, quedaron llenos de espanto, porque nunca habían experimentado la virtud del fuego, ni aun para los usos necesarios de la vida, por lo que juzgaron en su ignorancia que era el hálito de un horrendo y espantable monstruo. La hazaña de estos rudos salvajes valió á su isla el nombre de *isla de los Ladrones*[1].

Al rayar el alba del 16 de marzo de 1521, descubrieron á 300 leguas de la isla de los Ladrones y á los 11° latitud norte, la costa meridional de la isla de Samar; los corazones de aquellos bravos marinos palpitaban de emoción presintiendo que se hallaban ya cerca de la Especiería ó que iban á descubrir un archipiélago desconocido.

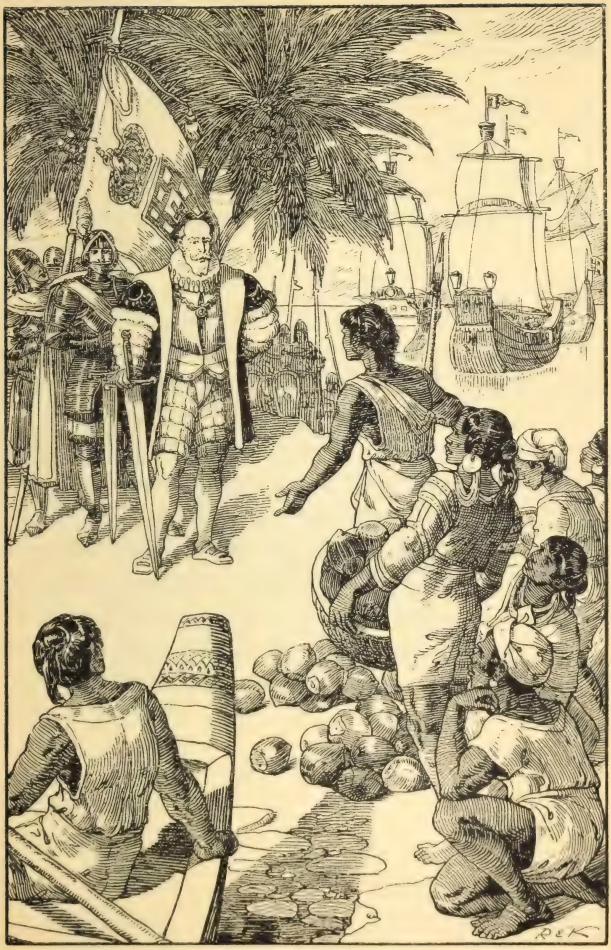
Visitaron la isla de Omonhon que Pigafetta llama Humunu, Albo Junagán, quizá Unahuán, que en lengua samar significa la que está delante de las demás, y fueron á surgir en la islita de Sulúan, cuya amenidad y frescura les convidaba al descanso y á pasar las horas fugitivas á la vera de los ricos manantiales y purísimas fuentes en que abunda. El 18 de marzo, después de mediodía, vieron llegar hacia ellos una canoa tripulada por nueve hombres; mandó el capitán que mientras se acercaban nadie se moviese ni hablase sin su licencia. Luego que hubieron saltado en tierra, el principal de ellos se acercó á Magallanes para darle la bienvenida; cuatro de los que parecían más autori-

[1] Son las que hoy se llaman Marianas.

zados se quedaron con la Armada, mientras los demás fueron á su isla á llamar á otra gente, en lugar de aquéllos, para pescar; y de esta suerte acudieron muchos para ver al capitán, que quedó muy satisfecho del carácter humano y razonable de los indígenas, y mandó que les diesen de comer y beber, y les fuesen distribuídos varios regalillos, como espejos, peines, cascabeles, algunas telas, objetos de marfil y otras bagatelas semejantes.

Los indios agasajados para corresponder á la cortesía del capitán le ofrecieron grandes pescados, un vaso lleno de *tuba* ó vino de coco, un racimo de plátanos y otras frutas, manifestando por señas que carecían por entonces de cosa mejor, pero que dentro de cuatro días volverían con arroz, cocos y otras ofrendas en mayor abundancia. Otro día llevaron consigo al capitán en sus canoas para mostrarle sus mercancías, que consistían en clavos de olor, pimienta, canela, jenjibre, nuez moscada y oro labrado, dándole á entender por señas que las regiones hacia donde se dirigían producían en abundancia toda clase de especias.

El capitán por su parte los invitó á subir á nuestras naves, donde les mostró cuanto en ellas había, de que quedaron muy sorprendidos por la novedad. En el momento en que iban á partir hizo disparar una bombarda, de la cual hubieron tanto miedo que al oir el estampido quisieron tirarse al agua precipitándose de la nave; mas los nuestros los aquietaron con señales de querer regalarles alguna cosa, como lo hicieron, y



Los indios ofrecieron grandes pescados, plátanos y otras frutas.

cuando ellos lo desearon, les dieron licencia para retirarse, asegurando que volverían; y conforme lo prometieron así lo cumplieron.

La isla desierta en la cual estaban instalados la designaron con el nombre de *Aguada de las buenas señas,* porque encontraron dos manantiales de agua exquisita y porque observaron las primeras señales de que había oro en el país.

Habiendo visto en su derredor cierto número de islas el quinto domingo de cuaresma que se llama de Lázaro, les dieron el nombre de archipiélago de San Lázaro, conocido más tarde con el de Islas Filipinas.

El 22 de marzo se acercaron los indios, en dos canoas cargadas de cocos y naranjas dulces, y un cántaro de caña de bambú lleno de vino de palma y un gallo, en señal de amistad. El principal de ellos era un viejo desnudo y pintorreado, de donde se origina el nombre de *pintados* que se da á los Bisayas; llevaba pendientes de oro en las orejas, y los de su séquito traían en los brazos brazaletes de oro y pañuelos que les rodeaban la cabeza.

15. Mar adentro.

PERMANECIERON los españoles en aquel punto con los naturales ocho días, y partiendo el 25 de marzo «fuimos», dice Albo, «al oeste, á dar en la isla de la Gada, que es deshabitada, y allí nos fornecimos de agua y leña, y es muy limpia de bajos.

«De aquí partimos y fuimos al oeste, en una isla grande llamada *Seilani,* la cual es habitada y tiene oro en ella y la costeamos, y fuimos al oestesudeste á dar en una isla pequeña, y es habitada y llámase *Masava,* y la gente es muy buena, y allí pusimos una cruz encima de un monte, y dicen que hay mucho oro, y nos mostraron como lo cogían, y hallaban pedacitos como garbanzos y como lentejas; y esta isla está en nueve grados y dos tercios de la parte del norte.»

Pigafetta dice que gobernando el Lunes Santo 25 de marzo, entre el oeste y sudoeste, pasaron en medio de cuatro islas llamadas: Cerralo, Huinangán, Hibusón y Abarién, y añade: «Jueves 28 de marzo, habiendo divisado durante la noche luz en una isla, en la mañana pusimos la proa á ella, y cuando

estuvimos á poca distancia, vimos que se aproximaba á nuestra nave una pequeña embarcación que llaman *boloto* (baroto), tripulada por ocho hombres.»

Aproximáronse á la nave del capitán, el cual mandó á un esclavo llamado Enrique que consigo había traído de la isla de Sumatra, les hablase. Éste se dirigió á los indios hablándoles en malayo, que entendieron y se acercaron á la nao, sin subir á bordo. Dióles Magallanes algunas prendas de vestir, con las cuales dieron muestra á su reyezuelo de la llegada de los españoles y de la buena acogida que les habían hecho.

Á las dos horas vieron los nuestros que se dirigían hacia la armada dos barangayanes abarrotados de gente, en el mayor de los cuales iba el régulo metido en su camareta. Estando ya cerca de la capitana, hablóle el esclavo Enrique, y el rey que comprendía el malayo, ordenó á algunos de sus vasallos que subiesen á la nave y quedasen los demás con él, un tanto apartados, custodiando las barcas. Recibióles el capitán general con singulares muestras de cariño, sin querer recibir de aquel buen indio el grueso bastón de oro que en prenda de amistad le ofrecía, agradeciéndole sin embargo la generosidad con que de él se desprendía.

Entabladas estas relaciones, Magallanes envió al esclavo intérprete Enrique, para que significase al régulo la satisfacción con que vería el capitán general se acudiese con vituallas al socorro de las naos, con la condición de que había de ser plenamente

reintegrado del importe de los víveres, conforme á su valor.

Á consecuencia de esta entrevista volvió el rey en su canoa con ocho hombres, subió á bordo de la capitana y después de abrazar á Magallanes le presentó tres grandes tinajas de porcelana, cubiertas con hojas de palma, llenas de arroz, y dos grandes pescados, con otros frutos de la tierra; el capitán general le dió en cambio dos vestidos de grana y una gorra encarnada, y á los demás acompañantes cuchillos y espejos. En seguida hizo servir el almuerzo, ordenando al intérprete que dijese al rey que quería vivir con él como hermano, lo que pareció darle grandísimo gusto.

Para obsequiar al reyezuelo, y á fin de que tuviesen idea del poder de los españoles, hízole ver todas las armas de fuego, hasta la artillería gruesa, que disparó algunos tiros, de que los isleños se mostraron muy atemorizados. Hizo armar de punta en blanco á uno de los soldados que se defendió bizarramente de otros tres que le acometían con las espadas desnudas, lo cual presenciado con estupefacción por el reyezuelo, le declaró Enrique que en cada una de aquellas tres embarcaciones podían armarse de repente y lanzarse al combate doscientos hombres acorazados como el que había visto salir ileso de los tajos y mandobles de sus formidables adversarios.

Subió de punto el asombro del rey cuando, conducido al castillo de popa, le mostró el almirante la carta de navegar y la brújula, y le explicó el intér-

prete cómo con aquellos dos sencillos instrumentos habían atravesado el Atlántico, hallado el estrecho y surcado el Pacífico, hasta llegar al punto donde á la sazón estaban, sin perderse por el camino.

No se contentó Magallanes con desplegar este aparato de fuerza ante los asombrados ojos de aquellos pobres indios para que aprendieran á respetar el nombre de España, sino que les puso delante esa otra fuerza mucho más poderosa que las espadas y la artillería, porque va al fondo de los corazones y porque tiene una virtud intrínseca y sobrenatural para trocar las fieras en seres racionales: la fuerza suave, pero eficaz, de nuestra santa Religión. Quiso celebrar la Pascua de la Resurrección del Señor con el esplendor y solemnidad que le permitían las circunstancias, en la isla de Masava, residencia del reyezuelo.

«El día de Pascua, que era el último del mes de marzo, el capitán envió temprano á tierra al capellán con algunos marineros para hacer los preparativos necesarios para decir misa; despachando al mismo tiempo al intérprete para que dijese al rey que desembarcaríamos en la isla, pero no para comer con él, sino para cumplir con una ceremonia de nuestro culto: el rey lo aprobó todo.»

16. Un nuevo sol en Oriente.

LA ceremonia debía celebrarse junto á la marina, en una espaciosa playa, á la cual quitaban el sol infinita cantidad de ramos entretejidos, que la dejaban á la sombra.

Con algunas lonas y pabellones festoneados de rústico verdor y campestres flores, teniendo por templo el espacio inmenso, por columnas los vecinos montes, por antorchas las llamas de los volcanes, por bóveda el azulado cielo y por música el eterno majestuoso himno entonado por las olas, iba á celebrarse la primera misa á que asistían aquellas regiones de oriente, en un sencillo altar improvisado por nuestros marinos.

Y bien cuadraba semejante decoración al espectáculo más augusto que nos ofrece la santa fe católica, en el que se reproduce real y verdaderamente, aunque de un modo incruento, el cruento sacrificio del Calvario; donde el pan y el vino quedan, á la voz del sacerdote, convertidos en el cuerpo y sangre de nuestro Señor Jesucristo, víctima santa que se inmola perpetuamente por la redención del mundo.

Vinieron de la escuadra cincuenta hombres engalanados con los mejores y más preciosos vestidos para

dar escolta al Rey de los reyes que iba á tomar posesión de las islas Filipinas; los demás saltaron en tierra armados de todas armas que resplandecían á los rayos del sol que se iba levantando majestuosamente de las ondas como disponiéndose á asistir también al augusto misterio de nuestros altares.

Fueron tomando posiciones y acomodándose en la playa de rodillas sobre la dorada arena, frente al altar que se levantaba en una pequeña eminencia. Multitud de indios andaban por allí esparcidos con cierto temor y en silencio, sobrecogidos del respeto que les infundía la actitud de los españoles.

Vino el último el capitán general adornado con todas sus insignias y luciendo la cruz de Santiago en el pecho; traía de las manos á los dos príncipes hijos del reyezuelo que habían venido á la fiesta. Se adelantó, con grave y modesto continente y con semblante lleno de bondad, hacia el ara santa, á cuyo pie cayó de rodillas invitando á los dos jóvenes á que hiciesen lo mismo.

Salió el sacerdote revestido con los sagrados ornamentos; seis bombardas de la flota lanzaron sus estampidos, y dióse principio al santo sacrificio en medio de un silencio solemne, interrumpido tan sólo por el estruendo sordo y monótono del mar.

Al ofertorio se acercaron todos los marineros y los indios á adorar la santa Cruz, yendo por supuesto á la cabeza el general y los dos príncipes.

Llegó el momento sublime de la consagración; hincáronse todos de rodillas, y quedó en pie tan sólo el

sacerdote; inclinóse éste suavemente sobre el altar, pronunció una palabra, y se abrieron los cielos sobre su cabeza; luego á través de una gasa azul que fingía el humo del incienso, apareció á los ojos de los fieles la Hostia sacrosanta entre el repique triunfal de las campanillas de oro; rompió entonces el estruendo general de la artillería; y el agudo clamor de las trompetas, el suave murmullo de las oraciones que vertían todos los labios, los golpes de pecho de aquel pueblo arrodillado, y hasta el bramar del vecino oleaje, uniéndose en una solemne y soberana armonía, saludaron al nuevo sol que aparecía en oriente; y cuando destacándose sobre el azul del cielo se fué elevando poco á poco el Cáliz consagrado herido por los rayos del astro del día, es indescriptible la emoción y ternura que invadió todos los corazones, ternura y emoción que se manifestaban en las lágrimas que hilo á hilo corrían por aquellos rostros curtidos por las tempestades. Inclináronse todas las banderas y se humillaron las frentes que se mantenían erguidas delante de las borrascas.

No pocos soldados recibieron la sagrada comunión.

Acabada la misa entonaron un *Te Deum; Te Deum* que debió de resonar desde la Oceanía hasta España, y conmover desde la vieja Asia hasta la virgen América, llamada á llevar el sello de la nación inmortal que daba cima y remate á aquellas épicas é inolvidables empresas.

Después de la augusta ceremonia presenciaron los dos príncipes un simulacro de combate entre los que

estaban armados, cuya destreza y valor causó extraordinaria admiración.

Magallanes les tenía reservada otra sorpresa; antes de plantar la bandera de Carlos V en aquel archipiélago, quiso enarbolar el estandarte de nuestra salud, fuera de cuya sombra no hay sólida cultura ni verdadera civilización. Al efecto hizo llevar allí una gran cruz adornada de clavos y de la corona de espinas, y puesta delante de los españoles y de los isleños, ordenó que todos, uno por uno, la adorasen con gran reverencia; «entonces el comandante», dice Pigafetta, «dijo á los reyes por medio del intérprete que esta cruz era el estandarte que le había confiado el emperador para plantarla adonde quiera que abordase, y que, por lo tanto, quería levantarla en esta isla, á la cual este signo sería por lo demás favorable, porque todas las naves europeas que en adelante viniesen á visitarla, conocerían, al verla, que allí habíamos sido recibidos como amigos».

Cerca de la playa había un monte muy alto; la cúspide de ese monte, dijo Magallanes, sea el trono de esta cruz, á fin de que todos podáis verla desde todos los puntos de la isla y la adoréis todas las mañanas.

Así lo hicieron, y desde aquel día las tinieblas de la idolatría y de la barbarie fueron replegándose poco á poco delante del sol de la civilización cristiana, que llevó á aquellas partes la nación española por medio de un capitán lleno de fe y atento sólo á los intereses de la religión y de la patria.

17. Muerte trágica.

DOS días después levaron anclas. «Partimos de Masava», dice Albo en su diario, «y fuimos al norte á dar en la isla de Seilani, y después costeamos la dicha isla al noroeste hasta diez grados, y allí vimos unos tres isleos, y fuimos al oeste, obra de diez leguas, y allí topamos dos isletas, y á la noche reparamos, y á la mañana fuimos al sudeste cuarta del sur, obra de doce leguas hasta diez grados y un tercio, y allí embocamos un canal de dos islas, y la una se llama Matán (Mactán) y la otra Subú (Cebú), y Subú con la isla de Mazava y Sulúan están al esteoeste, cuarta del noroeste surueste, y entre Subú y Seilani vimos una tierra muy alta de la parte del norte, la cual se llama Baibai, y dicen que hay en ella mucho oro y mucho mantenimiento y mucha tierra.»

Una descarga de artillería despertó á los habitantes de Cebú la noche del 7 de abril; púsose en armas la ciudad y el rey, y corrieron todos lanza en ristre, cuando he aquí que vieron venir desde la playa un emisario con su intérprete, para anunciarles que no habían desembarcado los españoles en son de guerra, sino que recorrían aquellos mares en nombre del rey

más glorioso del mundo, con objeto de descubrir las islas Molucas; díjoles también que en la armada iba el rey de Masava que venía á visitarles, asentar paces y proveerse de vituallas á justo precio y cambio de sus mercaderías.

«En mi isla», respondió el rey Rajá Humabo, «nadie desembarca ni pone el pie sin pagar el derecho de entrada.» Respondió el intérprete que su señor, siendo capitán de un tan poderoso rey, no había de pagar derecho á ningún otro de la tierra, «y por tanto en tus manos está tu suerte», añadió: «escoge entre la paz y la guerra: si quieres guerra, guerra tendrás».

Iba á cogerle la razón de la boca el bárbaro rey, cuando se le acercó un mercader de Siam y le dijo al oído: *cata raja chita,* esto es: Señor, tened cuidado con esto, que estos hombres son los que han conquistado á Calicut, Malaca é India toda; que quienes les hacen bien reciben bien, y quienes mal, mal y peor todavía.

Respondió el régulo que le dieran aquella noche para pensar lo que convenía y que al día siguiente volvería con la respuesta.

El emisario refirió á Magallanes la entrevista con el rey de Cebú; el rey de Masava que estaba presente, determinó ir en persona á hablar con Rajá Humabo, para informarle del objeto del viaje de los españoles y del buen trato que daban los *castillas* á sus amigos.

Á la mañana siguiente se dirigía á Cebú el escribano de la nao capitana, cuando en medio de la

plaza se encontró con el rey acompañado de su corte. Presentaba un semblante muy distinto del día anterior, debido á que el de Masava nuestro amigo había disipado las prevenciones que contra Magallanes tenía. Adelantóse á hablarle Humabo, haciendo cortesías á su modo, y diciéndole que no sólo no exigía derecho alguno de entrada, sino que estaba dispuesto á rendir pleito homenaje al emperador; á lo que respondió el delegado, que el intento de los españoles era únicamente alcanzar el privilegio exclusivo del comercio, cambiando sus mercaderías con productos de aquella tierra. Accedió el rey de Cebú, y con un cuchillejo se hizo una ligera cisura en el brazo derecho, para sellar con la sangre que derramaba la verdad de sus promesas.

Llegó el martes 9 de abril; el rey de Masava, un sobrino del rey de Cebú, el comerciante de Siam y ocho principales subían á bordo de la capitana: iban á pactar amistad con el capitán general. Estaba éste reclinado en un sillón de terciopelo rojo; cuando llegaron á su presencia hizo tomar asiento al rey de Masava y al sobrino del rey de Cebú, y les declaró las ventajas que se les seguirían de esta alianza; luego tomando entre sus manos las del sobrino del rey de Cebú, dijo: «Por la fe que tengo en Dios y por la fidelidad que debo al emperador mi señor, establezco y prometo una paz perpetua entre el rey de España y el rey de Cebú.» Luego agasajó Magallanes á sus nuevos aliados y amigos con un espléndido almuerzo, y hubo

cambio recíproco de presentes y regalos. El Rajá presentó á Magallanes grandes cestas llenas de arroz y algunas cabras y gallinas; Magallanes obsequió al de Cebú con algunos vestidos, cuentas de abalorios, un vaso de cristal dorado, un traje de seda á la turquesa, un gorro de grana y varias baratijas que le iba presentando Pigafetta en un azafate de plata.

Así firmada la alianza, pudo ya desembarcar Magallanes, como lo hizo, con cincuenta hombres armados entre el disparo de la artillería. Avistóse el capitán general con Rajá Humabo, y después de ratificar la pactada alianza, con más celo que prudencia le exhortó á que recibiera el bautismo; y ora fuese por devoción, ora por política, consintió en bautizarse con el nombre de Carlos, juntamente con la reina y sus hijas y algunos centenares de indios, de suerte que á los ocho días era ya cristiana toda la isla.

Magallanes quiso probar con las obras cuán grande era la fidelidad con su nuevo aliado el rey de Cebú: supo que el régulo de la vecina isla de Mactán se había alzado en armas contra él, siendo como era su tributario; no fué menester más para que el capitán general saliese en persona con setenta españoles en tres bateles y cien indios de guerra en treinta juncos.

¡Romántico afán de extrañas aventuras! exclaman algunos historiadores, que no comprenden haya otro móvil para las grandes acciones que la ridícula monomanía de enderezar tuertos y deshacer agravios. ¡Sublime imprudencia! decimos nosotros, ¡nacida de la

excesiva nobleza y fidelidad que creía deber á un aliado!

En vano sus compañeros le representaron que no era razón aventurase su persona á las contingencias de una guerra de tan poco momento; iba él tan puesto en defender á su amigo y en no abandonar el rebaño á él confiado, como él decía, que luego que llegó á Mactán envió al mercader siamés para que dijera de su parte al régulo que si quería reconocer la soberanía del rey de España, obedecer al de Cebú y pagarle tributo, le tendría por amigo; donde no, que aprestase sus lanzas para combatir.

Contestó el de Mactán que no tenía lanzas, sino cañas y estacas puntiagudas endurecidas al fuego, y que esperaban á que fuese de día para asaltarle, porque aguardaba refuerzos y podría mejor resistir. Ardid fué éste que tenía todos los visos de estratagema para incitarles á que atacasen inmediatamente y hacerles caer en la trampa que les habían armado.

Vinieron á las manos con extraño furor y encarnizamiento; los de Mactán en número de 1.500 á 2.000; divididos en tres escuadrones con horrible gritería y algazara embistieron á los nuestros, disparando sus flechas y lanzas y estacas aguzadas contra Magallanes, á quien dirigían principalmente sus tiros, porque le conocían. La vista de las llamas que se alzaban de sus incendiadas casas enardecían su ánimo, de suerte que su número parecía aumentar tanto como la impetuosidad con que se arrojaban contra los nuestros;

«Todos los labios saludaron al nuevo Sol que aparecía en Oriente »

en la refriega fué herido el general en la pierna; una piedra arrojada con furia le derribó el casco, y aun así, sin abandonar su puesto, peleó el intrépido navegante por espacio de una hora, solo y desarmado, con una furiosa jauría de salvajes que parecían salidos del infierno; una lanza de bambú vino á herirle en la frente, pero tomándola Magallanes la revolvió con tal brío contra el que se la había arrojado que se la clavó en el cuerpo; quiso desenvainar la espada, pero inútilmente, porque tenía el brazo derecho destrozado y manando sangre; lo cual visto por los bárbaros, se abalanzaron como un torbellino contra él, acabando con la vida de aquel hombre extraordinario, á quien no habían podido vencer ni las tempestades del océano ni el furor de los elementos. «Así fué como pereció nuestro guía, nuestra lumbrera y nuestro sostén», exclama Pigafetta al llegar á este punto de la narración

Un sencillo monumento señala el lugar donde sucumbió el descubridor del archipiélago, el que engarzó en la corona de España aquellas ricas perlas orientales, sacrificando su bienestar y su vida; y éste es el único monumento que se le ha erigido, hoy que tantos se erigen aquí, donde no será maravilla que veamos algún día levantarse al aire la estatua de algún aventurero que para perder aquellas posesiones no ha tenido que hacer más sacrificio que el de su conciencia y el de su honor.

18. Conclusión.

UNA hermosa tarde del mes de septiembre del año 1522 se apiñaba en la playa de Bonanza la población marinera, para ver la entrada por la embocadura del Guadalquivir de una nao engalanada con variedad de gallardetes y banderas.

La imagen de Nuestra Señora de la Victoria que se destacaba del fondo rojo del paño, estaba diciendo que aquella nao era española y sevillana: un grito de entusiasmo la saludó al pasar, y eso que nadie recordaba la figura de aquella embarcación, cuyo casco maltratado y aparejo deslucido por injuria de los temporales, no dejaban dudar de que había sido largo y trabajoso el viaje que terminaba.

Dos días después, el 8 de septiembre, se agolpaba la gente sevillana con mayor interés, haciendo carrera al extraño cortejo que hacían dieciocho hombres escuálidos, descoloridos, derrotados, que con sendas velas de cera en las manos, descalzos los pies y en mangas de camisa, se dirigían en devota procesión desde el muelle al Santuario de Nuestra Señora de la Victoria, cumpliendo el voto que habían ofrecido en trances apurados.

Circuló con rapidez entre los grupos de los espectadores que aquellos míseros mareantes componían el resto de la armada que tres años antes habían visto salir al mando de Fernando de Magallanes, y difícilmente podían contener la impaciencia de saber pormenores de la colosal empresa realizada.

Dicen que Júpiter trasladó al cielo la nave Argos para eternizar su memoria; la nao *Victoria,* única que volvió de la expedición, brillará siempre con caracteres de luz en el cielo de la historia de España.

Author Moreu y Lacruz, Esteban
Title La nave Victoria. Ed.4.
340634
LS
M8465n

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
LOWE-MARTIN CO. LIMITED

DESDE
LEJANAS TIERRAS.

GALERÍA DE NARRACIONES ILUSTRADAS
DEDICADAS Á LA JUVENTUD.

Tomo XX:

LA NAVE VICTORIA

FRIBURGO DE BRISGOVIA (ALEMANIA).
B. HERDER,
LIBRERO-EDITOR PONTIFICIO.
BERLÍN, ESTRASBURGO, KARLSRUHE, MUNICH, VIENA,
LONDRES Y SAN LUIS.